ANDRE GIDE

# LA SINFONIA PASTORAL

TRADUCCION POR

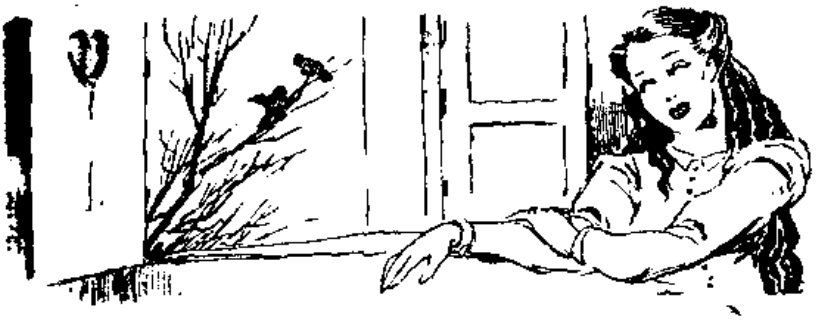
SIBILA DE BLEVIS

ARTEMISA

EDICION REDUCIDA
MIL EJEMPLARES EN PAPEL MALINCHE

EJEMPLAR No. 0079

# CUADERNO PRIMERO



10 de febrero 189

La nieve que no ha dejado de caer desde hace tres días, bloquea los caminos. No he podido ir a R... donde desde hace quince años tengo costumbre de celebrar el culto dos veces al mes.

Aprovecharé los ocios que me proporciona este encierro forzado, para volver atrás y relatar cómo vine a ocuparme de Gertrudis.

He proyectado escribir aquí todo lo que se refiere a la formación y el desarrollo de

esta alma piadosa, a la que sólo me parece que hice salir de la noche para la adoración y el amor. Bendito sea el Señor por haberme confiado esa tarea.

Hace dos años y seis meses, cuando yo subía la Chaux-de-Fond, una chiquilla que yo no conocía vino a buscarme con mucha prisa para llevarme a siete kilómetros de allí, junto a una pobre vieja que se moría. El caballo no estaba desenganchado; hice subir a la niña en el coche, después de haber cogido una linterna pues no pensaba poder regresar antes de la noche.

Yo creía conocer admirablemente todos los alrededores del municipio; pero pasada la granja de la Saudraie, la niña me hizo tomar un camino por el que hasta entonces no me había aventurado jamás. Sin embargo reconocí, a dos kilómetros, a la

izquierda, un pequeño lago misterioso donde cuando era muchacho había ido a patinar alguna vez. Desde hacía quince años no había vuelto a verlo, pues ningún deber pastoral me llama de ese lado; ya no hubiera sabido decir dónde estaba y dejé de pensar en él, hasta el punto que cuando súbitamente, en la magia rosa y oro de la tarde lo reconocí, me pareció al principio que sólo lo había visto en sueños.

El camino siguió el curso del arroyo que de allí se escapaba, cortando la extremidad del bosque y bordeando luego una hornaguera. Ciertamente que nunca había estado allí.

El sol se ponía y andábamos desde hacía mucho tiempo en la sombra, cuando al fin mi joven guía me indicó con el dedo, en la falda de la colina, una choza que se

hubiera podido creer deshabitada, sin un delgado hilillo de humo que se escapaba de ella, azulándose en la sombra, y dorándose luego en el oro del cielo. Até el caballo a un manzano, y alcancé a la niña en la estancia oscura donde la vieja acababa de morir.

La gravedad del paisaje, el silencio y la solemnidad de la hora me habían traspasado. Una mujer, joven todavía, estaba de rodillas cerca de la cama. La niña, a quien yo había tomado por la hijita de la difunta, pero que sólo era su criada, encendió una vela humeante, y se quedó inmóvil al pie del lecho. Durante el largo camino yo había intentado entablar conversación, pero sólo logré arrancarle cuatro palabras.

La mujer arrodillada se levantó. No era una parienta como supuse al principio,

sino simplemente una vecina, una amiga, a quien la sirvienta había ido a buscar cuando vió que su ama se debilitaba, y que se brindó a velar el cuerpo. La vieja, según me dijo, se había extinguido sin sufrir. Nos pusimos de acuerdo respecto a las disposiciones que debía tomarse para la inhumación y la ceremonia fúnebre. Como ocurría con frecuencia en ese país perdido, tuve que decidirlo todo. Me molestaba un poco, lo confieso, dejar esa casa, por muy pobre que fuera su apariencia, sin más custodia que la de esa vecina y esa infantil criada. De todos modos, no parecía muy probable que hubiera un tesoro escondido en un rincón de esa miserable vivienda... ¿Y qué podía yo hacerle? Sin embargo pregunté si la vieja no dejaba ningún heredero.

Entonces la vecina cogió la vela, que

acercó a un rincón del hogar, y pude distinguir, acurrucado allí, un ser incierto, que parecía dormido; la espesa masa de los cabellos ocultaba casi por completo su rostro.

—Esta chica ciega; una sobrina, por lo que dice la criada; a eso se reduce la familia según parece. Habrá que meterla en el hospicio; si no, ignoro lo que podrá ser de ella.

Me turbé al oír que decidían así de su suerte ante ella, preocupado por la pena que podrían causarle esas brutales palabras.

—No la despierte—dije suavemente, para invitar por lo menos a la vecina a que bajara la voz.

—¡Oh, no creo que duerma!; pero es idiota; no habla y no entiende nada de lo que se dice. Desde esta mañana que estoy en la habitación, se puede decir que no se ha movido. Primero creí que era sorda; la sir-

vienta pretende que no, sino que simplemente la vieja, sorda ella misma, no le dirigía jamás la palabra, ni a nadie tampoco, no abriendo la boca desde hace tiempo, más que para beber o comer.

—¿Qué edad tiene?

—Unos quince años, supongo: aunque después de todo no sé más que usted.

No se me ocurrió en seguida la idea de ocuparme yo mismo de esa pobre abandonada; pero después de haber rezado—o más exactamente durante la oración que dije entre la vecina y la pequeña criada, arrodilladas ambas a la cabecera de la cama, arrodillado yo mismo,—me pareció de súbito que Dios ponía en mi ruta una especie de obligación y que yo no podía sustraerme a ella sin cierta cobardía. Cuando me levanté, había tomado la decisión de llevarme a la criatura esa misma

noche, aunque aún no me hubiera preguntado claramente qué haría de ella después ni a quién la confiaría. Me quedé aún algunos instantes contemplando el rostro dormido de la vieja, cuya boca fruncida y sumida parecía estirada como por los cordones de una bolsa de avaro, instruída para no dejar escapar nada. Luego volviéndome a la ciega, comuniqué a la vecina mi intención.

—Más vale que no esté ahí mañana, cuando vengan a levantar el cuerpo,—dijo. Y eso fué todo.

Muchas cosas se harían fácilmente, sin las quiméricas objeciones que los hombres se complacen a veces en inventar. Desde la infancia, cuántas veces nos vemos impedidos de hacer esto o aquello que quisiéramos hacer, sólo porque oímos repetir en torno nuestro: no podrá hacerlo.

La ciega se ha dejado conducir como una masa sin voluntad. Las facciones de su rostro eran regulares, bastante bellas, pero perfectamente inexpresivas. Yo había cogido una manta sobre el jergón donde debía descansar de ordinario, en un rincón del cuarto, bajo una escalera interior que subía al desván.

La vecina se había mostrado amable y me había ayudado a envolverla cuidadosamente, pues la noche, muy clara, era fresca; y después de haber encendido la linterna del cabriolé, me volví a marchar, llevando acurrucado contra mí ese fardo de carne sin alma, cuya vida solo percibía por la comunicación de un calor tenebroso.

A lo largo del camino, pensaba; ¿duerme? ¿y con qué negro sueño... Y en qué se diferencia aquí la vigilia del sueño?

¡Huésped de ese cuerpo opaco, un alma espera sin duda, emparedada, que la toque al fin algún rayo de vuestra gracia, Señor! ¿Permitiréis que mi amor, quizás, aleje de ella la horrible noche?

Me preocupa demasiado la verdad para callar la desagradable acogida que tuve que sufrir a mi regreso. Mi mujer es un jardín de virtudes; e incluso en los momentos difíciles que he tenido a veces que atravesar, no he podido dudar un instante de la índole de su corazón; pero su caridad natural no gusta de ser sorprendida. Es una persona de orden, interesada en no ir más allá, ni a quedar tampoco más acá del deber. Su caridad misma está reglamentada, como si el

amor fuera un tesoro susceptible de agotarse.

Ese es nuestro único tema de controversia.

Su primer pensamiento, cuando me ha visto volver esa noche con la pequeña, se le escapó en este grito:

—¿Qué otra carga has ido a echarte encima?

Como cada vez que debe haber una explicación entre nosotros, he empenzado por hacer salir a los niños, que estaban allí, boquiabiertos, llenos de interrogación y de sorpresa. ¡Ah! ¡qué lejos estaba esa acogida de la que yo hubiese podido desear! Sólo mi querida y pequeña Carlota ha empezado a bailar y a batir palmas cuando ha comprendido que una cosa viva iba a salir del coche.

Pero los otros, estilados ya por su madre, se apresuraron a enfriarla y ponerla a tono.

Hubo un momento de gran confusión. Y como ni mi mujer, ni los niños, sabían aún que tenían que habérselas con una ciega, no se explicaban el extremo cuidado con que yo guiaba sus pasos. Yo mismo me sentí todo turbado por los extraños gemidos que empezó a lanzar la pobre inválida en cuanto mi mano abandonó la suya, que había sujetado durante todo el trayecto. Sus gritos no tenían nada humano; parecían los quejumbrosos ladridos de un perrito. Arrancada por vez primera al estrecho círculo de sensaciones habituales que componían todo su universo, sus rodillas flaqueaban; pero cuando le acerqué una silla, se dejó caer al suelo, como alguien que no supiera sentarse; entonces la llevé cerca del hogar, y recobró

algo de calma cuando pudo acurrucarse, en la postura en que la había visto primero junto al hogar de la vieja, reclinada contra la campana de la chimenea. Ya en el coche se había dejado resbalar del asiento y había hecho todo el trayecto agazapada a mis pies. Sin embargo mi mujer me ayudaba, ya que en ella el movimiento natural es siempre el mejor; pero su razón lucha sin cesar y con frecuencia gana en contra de su corazón.

—¿Qué piensas hacer con eso?—continuó, después de haber instalado a la pequeña.

Mi alma se estremeció al oírle emplear el neutro y me costó trabajo dominar mi indignación. Sin embargo todo impregnado aún por mi larga y apacible meditación me contuve, y vuelto hacia ellos, que de nuevo forma-

ban círculo, con una mano puesta sobre la frente de la ciega:

—Traigo a la oveja descarriada,—dije con la mayor solemnidad posible.

Pero Amelia no admite que haya nada irrazonable o superrazonable en la enseñanza del Evangelio. Ví que iba a protestar, y entonces hice una seña a Jaime y a Sara, que acostumbrados a nuestras pequeñas disensiones conyugales, y además de naturaleza poco curiosa (con frecuencia demasiado poco, para mi gusto) se llevaron a los dos pequeños. Luego como mi mujer permanecía sorprendida y un poco exasperada, a mi parecer, por la presencia de la intrusa:

—Puedes hablar delante de ella,—añadí; —la pobre niña no entiende.

Entonces Amelia empezó protestando que ella ciertamente no tenía nada que de-

cirme,—lo cual suele ser preludio de las más largas explicaciones—y que no tenía más que someterse como siempre a todo lo menos práctico y lo más contrario al uso y al buen sentido que yo pudiese inventar. Ya he escrito que no estaba aún decidido acerca de lo que pensaba hacer con esa niña. Aun no había entrevisto, o sólo muy vagamente, la posibilidad de instalarla en nuestro hogar y casi puedo decir que fué Amelia quien primero me sugirió esa idea, cuando me preguntó si no creía que "ya éramos bastantes en la casa". Luego declaró que yo seguía siempre adelante sin preocuparme jamás de la resistencia de los que siguen, que por su parte estimaba que cinco niños eran suficientes, que desde el nacimiento de Claudio (que precisamente en ese momento, y como si oyera su nombre, se puso a chillar en

su cuna) tenía "bastante", y que se sentía agotada.

Ante las primeras frases de esa salida, unas palabras de Cristo me subieron del corazón a los labios, que sin embargo retuve, pues siempre me parece impropio resguardar mi conducta tras la autoridad del libro santo. Pero en cuanto arguyó respecto a su fatiga, me quedé confuso, pues reconozco que más de una vez he dejado pesar sobre mi mujer las consecuencias de los aturdidos impulsos de mi celo. Sin embargo sus recriminaciones me instruyeron acerca de mi deber; por lo tanto supliqué muy suavemente a Amelia que examinara si en mi lugar no hubiese hecho lo mismo y si le hubiera sido posible dejar desamparado a un ser que sin duda no tenía ya en quién apoyarse; añadí que no me engañaba acerca de la nueva

carga que el cuidado de esta huéspeda inválida sumaría a las preocupaciones de la casa, y que sentía no poderlas compartir más a menudo con ella. En fin, la apacigué lo mejor que pude, suplicándola también que no hiciera recaer sobre la inocente un resentimiento que en nada había merecido. Luego le hice observar que Sara ya estaba en edad de ayudarla, y Jaime en la de prescindir de sus cuidados. En resumen, Dios puso en mi boca las palabras necesarias para ayudarla a aceptar lo que estoy seguro que hubiera aceptado de buena gana si el acontecimiento le hubiese dejado tiempo para reflexionar y si yo no hubiera dispuesto así de su voluntad por sorpresa.

Yo creía que casi había ganado la partida, y ya mi querida Amelia se acercaba benévolamente a Gertrudis; pero de pronto

su irritación renació con más fuerza cuanro habiendo cogido la lámpara para examinar un poco a la niña, se dió cuenta de su indecible suciedad.

—¡Pero esto es una infección! — exclamó.—Cepíllate, cepíllate pronto. No, aquí, no. Ve a sacudirte fuera. ¡Ah Dios mío!, los niños, van a llenarse de piojos. No hay nada en el mundo que tema yo tanto como esos insectos.

Innegablemente, la pobre pequeña estaba cubierta de ellos; y no pude evitar un gesto de repugnancia recordando que la había abrazado tanto tiempo contra mí en el coche.

Cuando volví dos minutos más tarde, después de haberme limpiado lo mejor que pude, encontré a mi mujer derrumbada en un

sillón, con la cabeza entre las manos, presa de una crisis de sollozos.

—No pensaba someter tu constancia a semejante prueba—le dije tiernamente.—Sea lo que fuere, esta noche ya es tarde, y no se ve bien. Velaré para alimentar el fuego junto al que dormirá la pequeña. Mañana le cortaremos el pelo y la lavaremos como es debido. No empezarás a ocuparte de ella hasta que la puedas mirar sin horror. Y le rogué que no hablara de eso a los niños.

Era la hora de cenar. Mi protegida, hacia la cual nuestra vieja Rosalía, mientras nos iba sirviendo, lanzaba múltiples y hostiles ojeadas, devoró glotonamente el plato de sopa que le tendí. La comida fué silenciosa. Hubiera querido contar mi aventura, hablar a los niños, conmoverlos haciéndoles comprender y sentir lo extraño de un aban-

dono tan completo, excitar su compasión, su simpatía hacia la que Dios nos invitaba a recoger; pero temí reavivar la irritación de Amelia. Parecía que se hubiera dado la orden de seguir adelante y de olvidar el suceso, aunque sin duda ninguno de nosotros pudiera pensar en otra cosa.

Me conmoví muchísimo cuando, más de una hora después que todos se acostaron y que Amelia me hubo dejado solo en la habitación, ví a mi pequeña Carlota entreabrir la puerta, avanzar despacio, en camisa y descalza, y luego tirarse a mi cuello y estrecharme de un modo salvaje murmurando:

—No te había dado bien las buenas noches.

Después, muy bajito, señalando con la punta de su pequeño índice a la ciega que descansaba inocentemente y a la que había

tenido curiosidad de ver de nuevo antes de abandonarse al sueño, añadió:

—¿Por qué no la he abrazado?

—La abrazarás mañana. Ahora dejémosla. Duerme, — le dije acompañándola hasta la puerta.

Luego volví a sentarme y trabajé hasta la mañana, leyendo o preparando mi próximo sermón.

Ciertamente, pensé (me acuerdo de ello), Carlota se muestra mucho más afectuosa hoy que sus mayores; pero cada uno de ellos, a esa edad, ¿no empezó engañándome? Incluso mi grandullón Jaime, hoy tan distante, tan reservado... Se les cree cariñosos y son aduladores y zalameros.

27 febrero

La nieve ha caido aún en abundancia esta noche. Los niños están encantados porque pronto, como dicen, nos veremos obligados a salir por las ventanas. El hecho es que esta mañana la puerta se halla bloqueada y que sólo se puede salir por el lavadero. Ayer me había cerciorado de que el pueblo tenía provisiones suficientes, porque sin duda vamos a quedar durante algún tiempo aislados del resto de la humanidad. No es el primer invierno en que nos bloquea la nieve, pero no recuerdo haber visto nunca un estorbo tan compacto. Aprovecho para continuar este relato que empecé ayer.

He dicho que apenas me había pregunta-

do, cuando traje a esta inválida, qué lugar podría ocupar en la casa. Ya conocía la poca resistencia de mi mujer; sabía el sitio de que disponíamos y nuestros recursos, muy limitados. Había obrado, como lo hago siempre, tanto por disposición natural como por principios, sin intentar de ningún modo calcular el gasto al que mi impulso amenazaba arrastrarme (lo cual me ha parecido siempre antievangélico). Pero es otra cosa tener que apoyarse en Dios, o descargarse sobre el prójimo. Comprendí pronto que había depositado entre los brazos de Amelia una tarea pesada, tan pesada que me quedé primero confuso.

La había ayudado lo mejor que pude a cortar los cabellos de la pequeña, comprendiendo que sólo lo hacía con repugnancia. Pero cuando se trató de lavarla y limpiarla

tuve que dejárselo a mi mujer; y comprendí que los cuidados más molestos y desagradables se me escapaban.

Después de todo, Amelia no formuló la menor protesta. Parecía que hubiera reflexionado durante la noche habiendo aceptado esa nueva carga; incluso parecía disfrutar algo en ello y la ví sonreír cuando hubo terminado de arreglar a Gertrudis. Un gorro blanco cubría la cabeza pelada al cero que yo había untado de pomada; algunas ropas viejas de Sara y prendas interiores limpias reemplazaron los sórdidos andrajos que Amelia acababa de tirar al fuego. Ese nombre de Gertrudis fué elegido por Carlota y aceptado en seguida por nosotros, en la ignorancia del nombre verdadero que la misma huérfana no conocía y que yo no sabía dónde encontrar. Debía ser un poco

más joven que Sara, de suerte que los vestidos que ésta había tenido que dejar hace un año, le convenían.

Debo confesar la profunda decepción en que me sentí hundir los primeros días. Me había forjado ciertamente toda una novela en torno a la educación de Gertrudis, y la realidad me obligaba a rebajarla demasiado. La expresión indiferente, obtusa, de su rostro, o más bien su absoluta inexpresión, helaba hasta en su fuente mi buena voluntad. Se quedaba todo el día junto al fuego, a la defensiva, y en cuanto oía nuestras voces, sobre todo en cuanto se acercaba uno a ella, sus facciones parecían endurecerse; sólo dejaban de ser inexpresivas para indicar su hostilidad; por poco que procurara atraer su atención empezaba a quejarse, a gruñir como un animal. Ese enojo sólo cedía ante la

proximidad del almuerzo que yo mismo le servía y sobre el que se lanzaba con una avidez bestial de las más penosas para quienes la observaban. Y lo mismo que el amor responde al amor, yo me sentía invadir por un sentimiento de aversión, ante la obstinada negativa de esa alma. Sí, verdaderamente, confieso que los diez primeros días había llegado a desesperarme, e incluso a desinteresarme de ella hasta el punto que lamentaba mi impulso primero y que hubiese querido no haberla traído nunca. Y ocurría esta cosa pintoresca, que, triunfando un poco ante esos sentimientos que yo no podía ocultarle bien, Amelia le prodigaba sus cuidados mucho mejor y con mucho más gusto, al parecer, desde que sentía que Gertrudis me pesaba y que su presencia entre nosotros me mortificaba.

Estaba en eso cuando recibí la visita de mi amigo el doctor Martins, del Val Travers, en el transcurso de una de sus visitas de enfermos. Se interesó mucho por lo que le dije acerca del estado de Gertrudis, se asombró al principio grandemente de que se hubiera quedado hasta ese punto atrasada, no siendo más que ciega; pero yo le expliqué cómo se añadía a esa desgracia la sordera de la vieja que hasta ahora sólo se había ocupado de ella, de suerte que la pobre niña había permanecido en un estado de abandono total. Me persuadió de que en ese caso, yo hacía mal en desesperarme; pero que no procedía debidamente.

—Quieres empezar a construír,—me dijo—, antes de saber si pisas terreno firme. Piensa que todo es caos en esa alma y que incluso los primeros trazos no están aún de-

finidos. Se trata, para empezar, de unir en haz algunas sensaciones tactiles y gustativas prendiéndoles a modo de etiqueta, un sonido, un nombre, que le repetirás hasta la saciedad, procurando después que ella los diga.

"Sobre todo no intentes correr mucho; ocúpate de ella a horas fijas, y nunca mucho tiempo seguido.

"Además, ese método, —añadió, después de habérmelo expuesto minuciosamente—, no tiene nada de magia. Yo no lo invento y otros lo han aplicado ya. ¿No te acuerdas de ello? En los tiempos en que estudiábamos juntos nuestra filosofía, nuestros profesores, a propósito de Condillac y de su estatua animada, nos hablaban ya de un caso análogo a este. Al menos —dijo rectificándose—, que no haya leído eso más tarde,

en una revista de psicología... No importa; me ha impresionado e incluso me acuerdo del nombre de esa pobre niña, aun más desheredada que Gertrudis, pues era ciega y sordomuda, a quien un doctor de ya no sé qué condado de Inglaterra recogió, a mediados del último siglo. Se llamaba Laura Bridgeman; ese médico escribió un diario, como tú debías hacer, con los progresos de la criatura, o por lo menos, para empezar, con sus esfuerzos por instruirla. Durante días y semanas, se empeñó en hacerle palpar alternativamente dos pequeños objetos, un alfiler, y una pluma, y luego tocar en una hoja impresa para uso de los ciegos, el relieve de las dos palabras inglesas: **pin** y **pen**. Y durante muchas semanas no obtuvo ningún resultado. El cuerpo parecía estar vacío. Sin embargo no perdió su confianza.

Me hacía el efecto, contaba, de alguien que inclinado sobre el brocal de un pozo profundo y oscuro, agita desesperadamente una cuerda con la esperanza de que por fin una mano la coja. Porque no dudó un instante que alguien estuviera allí, en el fondo del abismo, y que la cuerda no fuese al fin cogida. Y un día, al fin, vió como el rostro impasible de Laura se iluminaba con una especie de sonrisa; creo que en ese momento brotaron de sus ojos lágrimas de agradecimiento y de amor, y que cayó de rodillas para dar las gracias al Señor. Laura acababa de comprender súbitamente, lo que el doctor quería de ella; ¡salvada! A partir de ese día prestó atención; sus progresos fueron rápidos; pronto se instruyó ella misma, y luego llegó a ser directora de un instituto para ciegos, al menos que fuese otra...

porque recientemente se presentaron otros casos de los que han hablado largamente las revistas y los periódicos, asombrándose a más y mejor, un poco tontamente a mi parecer, de que semejantes criaturas pudieran ser felices. Porque es un hecho; cada una de estas enclaustradas era feliz, y en cuanto pudieron expresarse, lo hicieron para hablar de su "dicha": naturalmente los periodistas se extasiaban, sacando una moraleja para los que "gozando" de sus cinco sentidos, tienen la audacia de quejarse...

Aquí se entabló una discusión entre Martins y yo, que me sublevaba contra su pesimismo, y no admitía que los sentidos, como él parecía admitir, no sirvieran en fin de cuentas más que para desesperarnos.

—Yo no quiero decir esto, —protestaba— quiero decir simplemente que el alma

del hombre se imagina más fácilmente y más a gusto la belleza, el bienestar y la armonía que el desorden y el pecado que en todas partes empañan, envilecen, manchan y desgarran al mundo, y sobre lo que nos informan y a lo que a un tiempo nos ayudan a contribuír, nuestros cinco sentidos. De suerte que con más gusto haría seguir el "**Fortunatos nimium**" de Virgilio, del "**si sua mala nescient**", que del "**si sua bona norint**", que nos enseñan: cuán felices serían los hombres, si pudieran ignorar el mal".

Después, me habló de un cuento de Dickens, que cree directamente inspirado en el ejemplo de Laura Bridgeman y que me ha prometido enviarme en seguida. Y cuatro días más tarde, recibí en efecto **El grillo del hogar**, que leí con vivo placer. Es la historia un poco larga, pero patética por

momentos, de una joven ciega a quién su padre, pobre fabricante de juguetes, mantiene en la ilusión del **confort**, de la riqueza y de la felicidad; mentira que el arte de Dickens se esfuerza en hacer pasar por piadosa, pero, que a Dios gracias, no tendré que utilizar con Gertrudis.

Al día siguiente en que Martins había venido a verme, empecé a llevar a la práctica su método, aplicándome lo mejor que pude. Lamento ahora no haber tomado nota, como me aconsejaba, de los primeros pasos de Gertrudis en esa ruta crepuscular, donde al principio yo mismo la guiaba a tientas. Hizo falta, durante las primeras semanas, más paciencia de lo que podría creerse, no sólo por el tiempo que esa primera educa-

ción exigía, sino también por los reproches en que me hizo incurrir. Me resulta penoso tener que decir aquí que esos reproches procedían de Amelia; y por otra parte si hablo aquí de ellos, no es porque me hayan dejado ninguna animosidad, ninguna acritud —lo afirmo solemnemente para el caso en que estas hojas fueran más tarde leídas por ella. (¿El perdón de las ofensas no nos es enseñado por Cristo inmediatamente después de la parábola de la oveja descarriada?) Diré aún más: en el mismo momento en que sus reproches me hacían más sufrir, no podía tenerle en cuenta que censurara el largo tiempo que yo consagraba a Gertrudis. Lo que le reprochaba más bien era el no tener confianza en que mis cuidados pudiesen lograr algún éxito. Sí, es esa falta de fe lo que me apenaba; pero sin de-

sanimarme. Con cuánta frecuencia tuve que oírla repetir: "Si aún fueras a conseguir algo". Y continuaba obtusamente convencida de que mi trabajo era vano; de suerte que le parecía naturalmente impropio que consagrara a esa obra un tiempo que según ella pretendía, estaría mejor empleado de otro modo. Y cada vez que me ocupaba de Gertrudis hallaba manera de recordarme que no sé quién o no se qué me esperaba, y que distraía para ella un tiempo que debía dar a otros. En fin, creo que la animaba una especie de celo maternal, pues más de una vez le oí decir: "Nunca te has ocupado tanto de ninguno de tus hijos". Lo cual era verdad; pues si quiero mucho a mis hijos, nunca he creído que tuviera que ocuparme mucho de ellos.

He comprobado a menudo que la pará-

bola de la oveja descarriada es una de las más difíciles de admitir para ciertas almas, que, sin embargo, se creen profundamente cristianas. Que cada oveja del rebaño, por sí sola, pueda ser a su vez más preciosa a los ojos del pastor, que todo el resto del rebaño considerado en masa, he aquí lo que no pueden llegar a comprender. Y estas palabras: "Si un hombre tiene cien ovejas y una de ellas se pierde, ¿no deja las otras noventa y nueve en las montañas, para ir a buscar la que se ha perdido?" —esas palabras radiantes de caridad, si se atrevieran a hablar con franqueza les parecerían de la más irritante injusticia.

Las primeras sonrisas de Gertrudis me consolaban de todo y pagaban al céntuplo mis cuidados. Porque "esa oveja, si el pastor la encuentra, os lo digo en verdad, le

causa más alegría que las otras noventa y nueve que no se han perdido nunca". Sí, lo digo en verdad, la sonrisa de ninguno de mis hijos me ha inundado nunca el corazón de una alegría tan seráfica, como la que ví apuntar en ese rostro de estatua, cierta mañana en que pareció bruscamente empezar a entender y a interesarse por lo que me esforzaba en enseñarle desde hacía tantos días.

El 5 de marzo. He apuntado esta fecha como la de un nacimiento. Era menos una sonrisa que una transfiguración. De repente sus facciones se animaron; fué como una iluminación súbita, igual a ese fulgor purpúreo en los altos Alpes, que, precediendo a la aurora, hace vibrar la cumbre nevada que elige y a la que hace salir de la noche; parecía una coloración mística; y pensé igualmente en la piscina de Bethesda, en el mo-

mento en que desciende el ángel y remueve el agua estancada. Tuve una especie de arrobamiento ante la expresión angelical que pudo tomar de pronto el rostro de Gertrudis, porque me pareció que lo que la visitaba en ese instante, no era tanto la inteligencia como el amor. Entonces, me arrebató un impulso tal de agradecimiento, que me pareció que ofrecía a Dios el beso que deposité en esa hermosa frente.

Tan difícil fué de obtener el primer resultado, como rápidos los progresos que siguieron. Hoy me esfuerzo por recordar qué senderos recorrimos; me parecía a veces que Gertrudis avanzaba a saltos como para burlarse de mis métodos. Recuerdo que yo insistí más, primero, sobre la calidad de los objetos, que sobre su variedad; lo caliente, lo frío, lo tibio, lo dulce, lo amargo, lo ás-

pero, lo flexible, lo ligero... y luego los movimientos; apartar, acercar, levantar, cruzar, acostar, anudar, dispersar, reunir, etc... Y pronto, abandonado todo método, llegué a hablar con ella sin inquietarme mucho de si su espíritu me seguía, sino lentamente, invitándola y provocándola para que me interrogase a placer. Es cierto que durante el tiempo que yo la abandonaba a sí misma, se hacía un trabajo en su espíritu; pues cada vez que la encontraba, era siempre con una nueva sorpresa y descubría que me separaba de ella un estrato menos de noche. De todos modos así triunfan, me decía yo, poco a poco, del invierno, la tibieza del aire y la insistencia de la primavera. Cuántas veces no habré admirado el modo en que se derrite la nieve; parece que su manto se desgasta por debajo, y su aspecto si-

gue siendo el mismo. Cada invierno Amelia cae en el cepo y me declara: la nieve no ha cambiado; se la cree aun espesa, cuando cede y de pronto, aquí y allá, deja aparecer de nuevo la vida.

Temiendo que Gertrudis se desmejorara quedándose siempre junto al fuego, como una vieja, había empezado a hacerla salir. Pero sólo consentía en pasearse apoyada en mi brazo. Su sorpresa y su temor, al principio, en cuanto dejaba la casa, me hicieron comprender, antes de que ella supiera decírmelo, que aun no se había arriesgado nunca fuera. En la choza donde la había encontrado, nadie se había ocupado de ella más que para darle de comer y ayudarla a no morir, porque no me atrevo a decir: a vivir. Su oscuro universo estaba limitado por los muros mismos de esa única habitación que

no había dejado nunca; apenas se aventuraba, los días de estío, en el umbral, cuando la puerta se abría sobre el gran universo luminoso. Me contó más tarde, que oyendo el canto de los pájaros, se lo imaginaba entonces como un puro efecto de la luz, así como ese calor que sentía acariciar sus mejillas y sus manos, y que, además, sin reflexionar precisamente en ello, le parecía natural que el aire cálido se pusiera a cantar, lo mismo que el agua que se pone a hervir junto al fuego. La verdad es que no se había preocupado de ello, que no prestaba atención a nada y vivía en un profundo entumecimiento hasta el día en que empecé a ocuparme de ella. Recuerdo su inagotable arrobo cuando le enseñé que esas pequeñas voces emanaban de criaturas vivas, cuya única función parece ser la de sentir y ex-

presar la alegría dispersa de la naturaleza. (Fué ese día cuando tomó la costumbre de decir: estoy alegre como un pájaro). Y sin embargo, la idea de que esos cánticos expresaban el esplendor de un espectáculo que ella no podía contemplar, había empezado por ponerla melancólica.

—¿Es que verdaderamente, —decía—, la tierra es tan bella como cuentan los pájaros? ¿Por qué no se dice más? ¿Por qué usted no me lo dice? ¿Es por miedo de apenarme pensando que no puedo verla? Haría usted mal. ¡Escucho tan bien a los pájaros; creo que entiendo todo lo que dicen!

—Los que pueden ver no los oyen tan bien como tú, Gertrudis, —le dije, esperando consolarla.

—¿Por que no cantan los otros animales? —continuó—. A veces sus preguntas me sor-

prendían y me quedaba un instante perplejo, pues me forzaba a reflexionar sobre lo que hasta ahora había aceptado sin asombrarme. Así, consideré por primera vez, que cuanto más ligado a la tierra está un animal y más pesa, es más triste. Eso es lo que procuraba hacerle entender; y le hablé de la ardilla y de sus juegos.

Entonces me preguntó si los pájaros eran los únicos animales que volaban.

—También están las mariposas,—le dije.

—¿Cantan?

—Tienen otra manera de expresar su alegría, —continué—. Está escrita en colores sobre sus alas.—Y le describí el abigarramiento de las mariposas.

28 febrero

Vuelvo atrás; porque ayer me había dejado arrastrar.

Para enseñárselo a Gertrudis, he tenido que aprender yo mismo el alfabeto de los ciegos; pero pronto fué mucho más hábil que yo para leer esa escritura en la que me costaba bastante trabajo entendérmelas, y que además seguía más gustosamente con los ojos que con las manos. Por otra parte, no fuí sólo para instruírla. Y al principio me alegró verme secundado en esto, porque tengo mucho que hacer en el distrito, cuyas casas se hallan excesivamente dispersas, de modo que mis visitas de pobres y enfermos me obligan a veces a lejanas excursiones. Jaime se las había areglado para romperse

un brazo patinando durante las vacaciones de Navidad que vino a pasar con nosotros, —pues luego había regresado a Lausanne donde había hecho ya sus primeros estudios, entrando en la facultad de teología. La fractura no presentaba ninguna gravedad y Martins pudo reducirla fácilmente sin ayuda de un cirujano; pero las precauciones que hubo que tomar, obligaron a Jaime a quedarse cierto tiempo en casa. Empezó bruscamente a interesarse por Gertrudis, a quien hasta entonces no había tenido en cuenta, y me ayudó a enseñarle a leer. Su colaboración no duró más que el tiempo de su convalescencia, alrededor de tres semanas, pero durante las cuales Gertrudis hizo notables progresos. Un celo extraordinario la estimulaba ahora. Parecía que esa inteligencia tan entumecida aún ayer, se echaba

a correr, desde los primeros pasos y casi antes de saber andar. Admiro la poca dificultad que tenía para formular sus pensamientos, y pronto consiguió expresarse de un modo, no infantil, sino ya correcto, ayudándose para representar la idea, y de la manera más agradable e inesperada para nosotros, con los objetos que se le había enseñado a conocer, o de los cuales le hablábamos o que le describíamos, cuando no podíamos ponerlos directamente a su alcance; porque nos servíamos siempre de lo que podía tocar o sentir, para explicarle lo que no podía alcanzar, procediendo al modo de los telémetros.

Pero creo inútil apuntar aquí todos los primeros peldaños de esta instrucción, que, sin duda se encuentran en la instrucción de todos los ciegos. Así pienso que para cada

uno de ellos, la cuestión de los colores ha sumergido a cada maestro en igual confusión. (Y a ese propósito fuí llamado a observar que en el Evangelio no se habla para nada de los colores). Yo no sé cómo han hecho los otros; por mi parte empecé nombrándole los colores del prisma en el orden en que nos los presenta el arco-iris; pero en seguida se estableció en su espíritu una confusión entre color y claridad; y yo me daba cuenta de que su imaginación no conseguía hacer distinción alguna entre la calidad del matiz y lo que los pintores llaman según creo, "el valor". Le costaba un gran trabajo comprender que cada color puede a su vez ser más o menos oscuro, y que pueden mezclarse hasta al infinito entre ellos. Nada le intrigaba tanto como eso y volvía sin cesar sobre el tema.

Mientras tanto tuve ocasión de llevarla a Neuchatel donde pude hacerle oír un concierto. El papel de cada instrumento en la sinfonía me permitió volver sobre esa cuestión de los colores. Hice observar a Gertrudis las diferentes sonoridades de los cobres, de los instrumentos de cuerda y madera, y como cada uno a su modo es susceptible de ofrecer, con más o menos intensidad, toda la escala de los sonidos, desde los más graves, hasta los más agudos. Le invité a representarse del mismo modo en la naturaleza, las coloraciones rojas y anaranjadas, análogas a las sonoridades de los cuernos y los trombones, los amarillos y los verdes a las de los violines, los violoncellos y las violas; los morados y los azules recordados aquí por las flautas, los clarinetes y los oboes. Una especie de arrobamiento in-

terior vino desde entonces a reemplazar sus dudas:

—¡Qué hermoso debe ser eso!—repetía.

Y, de repente:

—Pero entonces, ¿el blanco?... Ya no comprendo a qué se parece el blanco.

Y comprendí en seguida lo precario de mi comparación:

—El blanco, —intenté decirle—, es el límite agudo donde todos los tonos se confunden, como el negro es su límite sombrío.— Pero esto no me satisfizo más que a ella, que me hizo en seguida observar que las maderas, los cobres y los violines permanecen distintos los unos de los otros, en el más grave como en el más agudo. ¡Cuántas veces como entonces, tuve que permanecer primero silencioso, perplejo y buscando a qué comparación podría apelar!

—Pues bien —le dije al fin—, represéntate el blanco como alguna cosa toda pura, alguna cosa donde ya no hay ningún color, sino sólo luz; y el negro, al contrario, como cargado de color hasta quedar todo oscurecido.

Sólo recuerdo aquí ese resto de un diálogo, como ejemplo de las dificultades con que tropecé con excesiva frecuencia. Lo bueno de Gertrudis era que nunca simulaba que entendía, como hacen con tanta frecuencia las gentes, que amueblan así su espíritu con datos imprecisos o falsos, por culpa de los cuales están luego viciados todos sus razonamientos. Mientras no se había hecho de ellas una idea clara, cada noción era para Gertrudis una causa de inquietud y de malestar.

Respecto a lo que dije más arriba, la di-

ficultad aumentaba porque en su espíritu, la noción de la luz y la del calor se habían ligado estrechamente en un principio, de modo que me costó mucho trabajo disociarlas luego.

Así experimentaba sin cesar a través de ella, cuánto difiere el mundo visual del mundo de los sonidos y hasta qué punto resulta deficiente toda comparación que se intenta extraer del uno respecto al otro.

29 febrero

Todo absorto en mis comparaciones, no he hablado aún del inmenso placer que proporcionó a Gertrudis ese concierto de Neuchatel. Tocaban precisamente la **Sinfonía Pastoral.** Digo "precisamente", porque no

existe, se comprende fácilmente, ninguna obra que hubiera deseado más que oyese. Mucho después que hubimos abandonado la sala del concierto, Gertrudis seguía silenciosa y como sumergida en un éxtasis.

—¿Es que verdaderamente lo que ustedes ven, es tan bello como eso?—dijo al fin.

—¿Tan bello como qué, querida?

—Como esa "escena a orillas del arroyo".

No le contesté en seguida, porque reflexioné que esas armonías inefables no pintaban al mundo tal como es, sino como hubiera podido ser, como podría ser, sin el mal y sin el pecado. Y aun no me había atrevido nunca a hablar a Gertrudis, del mal, del pecado, de la muerte.

—Los que tienen ojos,—dije por fin,—no conocen su dicha.

—Pero yo que no los tengo, —exclamó en seguida—, conozco la dicha de oír.

Se apretaba contra mí al andar, colgándose de mi brazo como los niños pequeños:

—Pastor, ¿siente usted lo feliz que soy? No, no, yo no digo eso para complacerle. Míreme: ¿acaso no se ve en el rostro si lo que se dice es verdad? Yo lo reconozco también en la voz. ¿Se acuerda usted del día en que me contestó usted que no lloraba, después que mi tía (así es como llamaba a mi mujer) le reprochó que no hacía nada por ella; exclamé: ¡pastor, miente usted! ¡Oh! Comprendo en seguida por su voz que no decía usted la verdad; no necesité tocar sus mejillas para saber que lloraba. —Y repitió muy alto:— no, no tenía necesidad de tocarle las mejillas—, lo que me ruborizó pues estábamos aún en la ciudad y algunos

transeúntes se volvieron. Sin embargo continuaba:

—No hay que intentar engañarme, sabe usted. Primero porque sería una cobardía querer engañar a una ciega. Y porque no resultaría, —añadió riendo—. Dígame, pastor, ¿no es usted desgraciado, verdad?

Llevé su mano a mis labios, como para hacerle sentir sin confesárselo, que mi parte de dicha me venía de ella, mientras contestaba:

—No, Gertrudis, no, no soy desgraciado. ¿Por qué habría de serlo?

—Sin embargo, ¿llora usted algunas veces?

—He llorado algunas veces.

—¿No desde la vez que he dicho?

—No, no he vuelto a llorar desde entonces.

—¿Y ya no tiene usted ganas de llorar?

—No, Gertrudis.

—Y dígame, ¿desde entonces ha tenido usted ganas de mentirme?

—No, hija querida.

—¿Puede usted prometer no intentar nunca engañarme?

—Lo prometo.

—¡Pues bien! dígame usted en seguida: ¿soy bonita?

Esta brusca pregunta me desconcertó, tanto más que hasta ese día no había querido prestar atención a la innegable belleza de Gertrudis; y además me parecía perfectamente inútil que ella lo supiera.

—¿Qué te importa saberlo?—le dije en seguida.

—Eso es cosa mía, —continuó—. Quería saber si yo no... ¿cómo dice usted eso? si

no desentono demasiado en la sinfonía. ¿A qué otra persona podría preguntárselo, pastor?

—Un pastor no tiene por qué inquietarse de la belleza de los rostros,—dije, defendiéndome como pude.

—¿Por qué?

—Porque le basta con la belleza de las almas.

—Prefiere usted hacerme creer que soy fea,—dijo entonces con un mohín delicioso; hasta el punto que no resistiendo más, exclamé:

—Gertrudis, usted sabe muy bien que es hermosa.

Guardó silencio y su rostro adquirió una expresión muy grave que ya no abandonó hasta el regreso.

En cuanto volvimos, Amelia se las arregló para hacerme sentir que censuraba el empleo de nuestro día. Hubiera podido decírmelo antes; pero nos dejó marchar, a Gertrudis y a mí, sin una sola palabra, siguiendo su costumbre de dejar hacer, reservándose luego el derecho de censurar. Por otra parte, no me dirigió precisamente reproches; pero su mismo silencio era una condena; ¿pues no hubiera sido más natural que se informara de lo que habíamos oído, ya que sabía que llevaba a Gertrudis a un concierto? La alegría de esta criatura ¿no hubiera aumentado sintiendo que tomaba algún interés en su goce? Además Amelia no permaneció silenciosa, sino que parecía cuidar con una especie de afectación de hablar

de las cosas más indiferentes; y sólo por la noche, cuando los pequeños se acostaron, habiéndola yo tomado aparte y preguntado severamente:

—¿Estás disgustada porque he llevado a Gertrudis a ese concierto?—obtuve esta respuesta:

—Haces por ella lo que no harías por ninguno de los tuyos.

Era pues siempre el mismo agravio, y la misma obstinación de no comprender que se festeja al hijo que vuelve, pero no a los que se han quedado, como enseña la parábola; me dolía también ver que no tenía en cuenta la desgracia de Gertrudis, la cual no podía esperar más fiestas que esas. Y si, providencialmente, pude disponer de mi tiempo ese día, yo tan ocupado de ordinario, el reproche de Amelia era tanto más injusto

cuanto que sabía muy bien que cada uno de mis hijos tenía algún trabajo que hacer, o alguna ocupación que lo sujetaba, y que ella misma, Amelia, no siente la menor afición a la música, de modo que, aunque dispusiera de todo su tiempo, jamás se le ocurriría ir a un concierto, aunque este fuese en su misma puerta.

Lo que más me apenaba es que Amelia se hubiera atrevido a decir esto delante de Gertrudis; porque aunque llevé a mi mujer a un lado, había levantado la voz lo suficiente para que Gertrudis la oyera. Me sentía menos triste que indignado, y unos instantes más tarde, como Amelia se marchó, acercándome a Gertrudis, cogí su frágil manecita y alzándola hasta mi rostro:

—¿Ves? Ahora no he llorado.

—No; esta vez, me toca a mí,—dijo es-

forzándose por sonreírme; y ví súbitamente que su bello rostro alzado hacia mí, estaba inundado de lágrimas.

8 marzo

El solo gusto que puedo darle a Amelia consiste en abstenerme de hacer las cosas que le desagradan. Esos testimonios de amor completamente negativos son los únicos que me permite. No puede darse cuenta de hasta qué punto ha reducido ya mi vida ¡Ah, si Dios quisiera que me reclamara algún acto difícil! ¡Con qué alegría realizaría por ella, lo temerario, lo peligroso! Pero diríase que le repugna todo lo que no es rutina; de suerte que el progreso en la vida no consiste para ella más que en añadir al pasado días

iguales. No desea, ni siquiera acepta de mi, nuevas virtudes, ni el desarrollo de las virtudes reconocidas. Mira con inquietud, cuando no es con reprobación, todo esfuezo del alma que quiere ver en el cristianismo otra cosa que la domesticación de los instintos.

Debo confesar que una vez en Neuchatel, me había olvidado por completo de saldar la cuenta en nuestra mercería, como Amelia me había pedido, y de traerle una caja de hilos. Pero luego, me disgusté conmigo mismo mucho más de lo que ella podía estarlo; y doblemente porque me propuse no olvidarlo, sabiendo además que "el que es fiel en las cosas pequeñas lo será también en las grandes", y temiendo las conclusiones que ella pudiera deducir de mi olvido. Incluso me habría gustado que me hiciera algún reproche, porque en ese caso indudablemente los

merecía. Pero como sucede en todo, el agravio imaginario superó a la imputación concreta; ¡ah! qué hermosa sería la vida y cuán soportable nuestra miseria, si nos contentáramos con los males verdaderos, sin prestar oído a los fantasmas y a los monstruos de nuestro espíritu. Pero me dejó arrastrar a escribir aquí lo que sería más bien tema de sermón (Mat, XII, 29. "No tengáis el espíritu inquieto".) Lo que me he propuesto trazar aquí, es la historia del desarrollo intelectual y moral de Gertrudis. Vuelvo a ello.

Esperaba poder seguir aquí paso a paso ese desarrollo, y había empezado a describirlo en detalle. Pero a más de que me falta tiempo para anotar minuciosamente todas sus fases, hoy me resulta extremamente difícil encontrar de nuevo su exacta ilación.

Arrastrado por mi relato, he transcrito primero reflexiones de Gertrudis, conversaciones con ella, mucho más recientes, y el que por casualidad leyera estas páginas, se asombraría sin duda de oírla expresarse con tanta exactitud y razonar tan sensatamente. Es que también sus progresos fueron de una rapidez desconcertante; yo admiraba con frecuencia con qué prontitud captaba su espíritu el alimento intelectual que yo le brindaba y todo lo que ella podía recoger, haciéndolo suyo mediante un trabajo de asimilación y de madurez continuos. Me sorprendía, anticipándose sin cesar a mi pensamiento, superándolo, y a menudo, de una conversación a otra, ya no reconocía a mi discípula.

Al cabo de pocos meses, no se notaba que su inteligencia hubiera dormitado tanto

tiempo. Pero demostraba ya más sabiduría que la que suelen tener la mayor parte de las muchachas a quienes el mundo exterior disipa y cuya mejor atención está absorbida por muchas fútiles preocupaciones. Además yo creo que tenía bastantes más años de lo que en un principio supusimos. Parecía que quisiera sacar provecho de su ceguera, de modo que llegué a dudar si en muchos aspectos, ese achaque no se convertía para ella en una ventaja. A pesar mío, la comparaba con Carlota, y cuando a veces hacía repetir a ésta sus lecciones, viendo su espíritu distraído por una mosca que vuela, pensaba: "¡Sin embargo, cuanto mejor me escucharía, si no viera!"

No es necesario decir que Gertrudis estaba ávida de lectura; pero preocupándome de acompañar lo más posible su pensamien-

to, prefería que no leyese mucho —o al menos sin mí— y principalmente la Biblia, lo que puede parecer bien extraño en un protestante. Ya me explicaré acerca de eso; pero antes de abordar una cuestión tan importante, quiero relatar un hecho relacionado con la música y que hay que situar, si recuerdo bien, poco tiempo después del concierto de Neuchatel.

Sí, creo que ese concierto tuvo lugar tres semanas antes de las vacaciones de verano que trajeron a Jaime entre nosotros. Mientras, había sentado más de una vez a Gertrudis frente al pequeño armonio de nuestra capilla, del que se encarga en general la señorita de la N. con quien ahora vive Gertrudis. Luisa de la N. no había empezado aún la instrucción musical de Gertrudis. A pesar del amor que siento por la música, la

conozco poco y no me sentía capaz de enseñarle nada cuando me sentaba junto a ella frente al teclado.

—No, déjeme, —me dijo tras los primeros tanteos—. Prefiero probar sola.

Y la dejaba tanto más complacido porque la capilla no me parecía un sitio decente para encerrarme solo con ella, tanto por respeto al santo lugar, como por miedo a los chismes —aunque por lo común procuro no tenerlos en cuenta—; pero aquí se trata de ella y no solo de mí. Cuando una serie de visitas me llevaban por ese lado, la acompañaba hasta la iglesia, abandonándola a menudo durante largas horas, y luego la iba a recoger al regreso. Se entretenía así pacientemente, descubriendo sonidos, y la encontraba a la noche, atenta ante alguna conso-

nancia que la sumía en un prolongado arrobo.

Uno de los primeros días de agosto, no hace mucho más de seis meses, no habiendo encontrado en casa a una pobre viuda a quien iba a llevar algún consuelo, volví para recoger a Gertrudis en la Iglesia donde la había dejado; no me esperaba tan pronto y quedé extremadamente sorprendido al encontrar a Jaime junto a ella. Ni el uno, ni el otro me oyeron entrar, porque los sonidos del órgano cubrieron el poco ruido que hice. No tengo la costumbre de espiar, pero todo lo que se refiere a Gertrudis me llega al alma; amortiguando pues el ruido de mis pasos, subí furtivamente los pocos peldaños que conducen a la tribuna; excelente puesto de observación. Debo decir, que todo el tiempo que permanecí en él, no oí una sola

palabra que el uno y el otro no hubieran dicho igualmente delante de mí. Pero Jaime estaba contra ella, y varias veces, lo ví coger su mano para guiarle los dedos sobre las teclas. ¿No era extraño que aceptara ya observaciones de él y una dirección de la que me había dicho antes que prefería prescindir? Me hallaba más sorprendido, más apenado de lo que hubiera querido confesarme y ya me proponía intervenir, cuando vi que Jaime, de súbito, sacaba el reloj.

—Ya es hora que te deje,—dijo;—mi padre va a volver pronto.

Entonces ví como llevaba a sus labios la mano que ella le abandonó; luego se fué. Unos instantes más tarde, habiendo bajado la escalera sin ruido, abría la puerta de la iglesia de modo que pudiese oírla y creer que acababa de entrar.

—Bien, Gertrudis. ¿Estás dispuesta a volver a casa? ¿Va bien el órgano?

—Sí, muy bien —me dijo con su voz más natural—; verdaderamente hoy he hecho algún progreso.

Una gran tristeza llenaba mi corazón, pero ni el uno ni el otro aludimos en absoluto lo que acabo de contar.

No veía el momento de encontrarme solo con Jaime. Mi mujer, Gertrudis y los niños solían retirarse bastante pronto, después de la cena, dejándonos a los dos prolongar estudiosamente la velada. Esperaba ese momento. Pero antes de hablarle me sentí el corazón tan henchido y de tan turbios sentimientos que no sabía o no me atrevía a abordar el asunto que me atormentaba. Y fué él quien rompió bruscamente el silencio anunciándome su decisión de pasar todas las

vacaciones junto a nosotros. Ahora bien, pocos días antes, nos había comunicado un proyecto de viaje a los Altos Alpes que mi mujer y yo aprobamos calurosamente; yo sabía que su amigo T. a quien eligió como compañero de ruta, lo esperaba; y entonces comprendí bien claro que ese cambio súbito no carecía de relación con la escena que acababa de sorprender. Me sacudió primero una gran indignación, pero temiendo que si me dejaba llevar por ella, mi hijo me eludiría definitivamente, y temiendo también tener que lamentar palabras demasiado vivas, hice un gran esfuerzo sobre mí mismo, y con el tono más natural que pude:

—Creí que T. contaba contigo,—le dije.

—¡Oh!—contestó,—no del todo, y además no le costará mucho trabajo reemplazarme. Descanso aquí tan bien como en el

Oberland y creo realmente que puedo emplear mi tiempo mejor que corriendo por las montañas.

—En fin,—dije,—has encontrado aquí en qué ocuparte.

Me miró, percibiendo en el tono de mi voz alguna ironía, pero, como no discernía aún el motivo, continuó con aire despreocupado:

—Ya sabe usted que he preferido siempre el libro al alpenstock.

—Sí, amigo mío, —dije mirándolo a mi vez fijamente—; ¿pero no crees tú que las lecciones de acompañamiento al armonio, presentan para tí más atractivo que la lectura?

Si duda sintió que se ruborizaba, pues se puso la mano ante la frente, como para protegerse de la claridad de la lámpara. Pero

se recobró casi en seguida, y con una voz que yo hubiera deseado menos firme:

—No me acuse demasiado, padre mío. No tenía intención de ocultarle nada, y se anticipa usted muy poco a la confesión que me disponía a hacerle.

Hablaba pausadamente, como se lee un libro, acabando sus frases con tanta calma, al parecer, como si no se tratase de él mismo. El extraordinario dominio de sí del que daba pruebas, acababa de exasperarme. Sintiendo que iba a interrumpirlo, alzó la mano, como para decirme: no, podrá hablar luego, déjeme primero concluír; pero yo cogí su brazo sacudiéndolo:

—Antes que verte turbar el alma pura de Gertrudis,—exclamé impetuosamente,—¡ah! preferiría no volverte a ver. ¡No necesito tu confesión! ¡Abusar de la desgracia, de la

inocencia, del candor, es una cobardía abominable de la cual nunca te hubiera creído capaz; ni de hablarme de ello con esa detestable sangre fría. Escúchame bien: Gertrudis está a mi cargo y no soportaré un día más que la hables, que la toques, que la veas.

—Pero, padre mío, — continuó con ese mismo tono imperturbable que me ponía fuera de mí,—créame que respeto a Gertrudis tanto como puede usted respetarla. Se equivoca extrañamente si piensa que hay algo censurable, no digo solamente en mi conducta, sino en mi designio y en el secreto de mi corazón. Amo a Gertrudis, y la respeto, le digo, tanto como la amo. La idea de turbarla, de abusar de su inocencia y de su ceguera me parece tan abominable como a usted.—Luego protestó que quería ser para ella, un apoyo, un amigo, un marido; que

no se creyó en el deber de hablarme de ello antes de haber tomado la resolución de casarse con ella; que la misma Gertrudis no conocía aún esa resolución y que quería hablarme a mí de ello antes que a nadie.—He ahí la confesión que deseaba hacerle—añadió—y no tengo más que decir, créame.

Sus palabras me llenaban de estupor. Escuchándolas oía latir mis sienes. Sólo había preparado reproches y a medida que me quitaba todo motivo de indignación, me sentía más desamparado, de modo que al terminar su discurso ya no sabía qué decirle... —Vamos a acostarnos—dije al fin, tras un largo silencio. Me había levantado y le puse la mano sobre el hombro.—Mañana te diré lo que pienso de todo eso.

—Dígame al menos que ya no está irritado contra mí.

—Necesito la noche para reflexionar.

Cuando me encontré de nuevo con Jaime, al día siguiente, me pareció que lo miraba por primera vez. Comprendí de pronto que mi hijo ya no era un niño, sino un hombre joven; mientras lo consideré como un niño, ese amor que me sorprendió, podía parecerme monstruoso. Había pasado la noche persuadiéndome que era, al contrario, natural y normal. ¿Por qué entonces mi descontento era aún más vivo? Eso es lo que sólo comprendería más tarde. Mientras tanto debía hablar con Jaime y comunicarle mi decisión. Pues un instinto más seguro que el de la conciencia, me advertía que era pre-

ciso evitar a toda costa ese matrimonio.

Había arrastrado a Jaime hasta el fondo del jardín; allí le pregunté primero:

—¿Te has declarado a Gertrudis?

—No,—me dijo.— Tal vez siente ya mi amor; pero no se lo he confesado.

—¡Bien! vas a prometerme no hablarle aún de ello.

—Padre mío, me he prometido obedecerle. Pero ¿no puedo saber sus razones?

Yo vacilaba en dárselas, no estando muy seguro si las que primero acudían a mi espíritu, eran las que más importaba aducir. En verdad, en este caso la conciencia dictaba mi conducta mucho más que la razón.

—Gertrudis es demasiado joven,—dije al fin.—Piensa que aun no ha comulgado. Tú sabes que no es una criatura como las otras, ¡por desgracia! y que su desarrollo se ha

retrasado mucho. Se mostraría sin duda demasiado sensible, confiada como es, a las primeras palabras de amor que oyera; precisamente por eso importa no decírselas. Es una cobardía apoderarse de lo que no puede defenderse; yo sé que no eres cobarde. Dices que tus sentimientos no tienen nada reprensible; yo digo que son culpables por prematuros. Nos toca a nosotros tener, respecto a Gertrudis, la prudencia que a ella le falta. Es asunto de conciencia.

Jaime tiene de bueno que basta para sujetarle estas simples palabras: "apelo a tu conciencia", y que he utilizado a menudo cuando era un niño. Sin embargo yo lo miraba y pensaba que si Gertrudis pudiera ver, no dejaría de admirar ese cuerpo esbelto, a la vez tan derecho y tan flexible, esa hermosa frente sin arrugas, esa mirada franca,

ese rostro infantil aún, pero al que parecía oscurecer de pronto una súbita gravedad. Estaba sin sombrero y sus cabellos de un rubio ceniza, que entonces llevaba bastante largos, se rizaban levemente en las sienes, semi ocultándole las orejas.

—Hay aún otra cosa que quiero pedirte, —añadí levantándome del banco donde estábamos sentados;—tenías intención, según dices, de irte pasado mañana; te ruego que no difieras tu marcha. Debías ausentarte todo el mes; te ruego que no acortes un solo día ese viaje. ¿Comprendido?

—Está bien, padre, le obedeceré.

Me pareció que palidecía extraordinariamente, hasta el punto que sus mismos labios estaban sin color. Pero me persuadí ante una sumisión tan rápida que su amor no debía ser muy fuerte; y sentí un alivio

indecible. Además me conmovía su docilidad.

—Vuelvo a encontrar el niño a quien yo amaba,—dije con dulzura, y, atrayéndole hacia mí, posé mis labios sobre su frente. Hubo por su parte, un ligero retroceso; pero no quise que esto me afectara.

10 marzo

Nuestra casa es tan pequeña que estamos obligados a vivir un poco encima unos de otros, lo que a veces resulta bastante molesto para mi trabajo, aunque me he reservado en el primer piso una pequeña habitación donde puedo retirarme y recibir mis visitas; es molesto, sobre todo, cuando quiero hablar en privado a uno de los míos, sin dar

no obstante a la conversación un aire demasiado solemne, como sucedería en esa especie de locutorio que los niños llaman bromeando: el lugar santo, y donde se les prohibe entrar; pero esta misma mañana, Jaime se había ido a Neuchatel donde tenía que comprar su calzado de excursionista, y como hacía muy buen tiempo, los niños, después de almorzar salieron con Gertrudis, que la conducen siendo a la vez conducidos por ella. (Me place observar aquí que especialmente Carlota la colma de atenciones), por lo tanto me encontré naturalmente solo con Amelia a la hora del té, que tomamos siempre en la sala común. Era lo que deseaba, pues me urgía hablarle. Me ocurre tan rara vez hallarme solo con ella, que me sentía casi tímido, y la importancia de lo que iba a decirle, me turbaba, como si se hubiera

tratado, no de la confesión de Jaime, sino de la mía propia. Comprobaba también, antes de hablar, hasta qué punto dos seres, que viven en suma la misma vida, y que se aman, pueden ser (o volverse) enigmáticos y aislados el uno respecto del otro; en ese caso, las palabras, sean las que dirigimos al otro, o las que éste nos dirige, suenan quejumbrosamente como golpes de sonda, para advertirnos la resistencia de ese tabique divisor el cual, si no se vigila, corre el peligro de irse ensanchando.

—Jaime me ha hablado ayer noche y esta mañana,—empecé, mientras ella echaba el té; y mi voz estaba tan temblorosa como firme la de Jaime ayer. — Me ha hablado de su amor por Gertrudis.

—Ha hecho bien en hablarte de ello,—dijo sin mirarme y continuando con su ta-

rea de ama de casa, como si le hubiera anunciado una cosa muy natural, o más bien como si no le dijera nada nuevo.

—Me ha manifestado su deseo de casarse con ella; su resolución.

—Era de esperar,—murmuró encogiendo ligeramente los hombros.

—¿Entonces, lo sospechabas? — dije un poco nerviosamente.

—Eso se veía venir desde hace mucho tiempo. Pero es un género de cosas que los hombres no saben observar.

Como no hubiera servido de nada protestar, y que por otra parte había algo de verdad en su réplica, objeté simplemente:

—En ese caso, podías haberme advertido.

Tuvo esa sonrisa un poco crispada, en la comisura de los labios, con que a veces

acompaña y protege sus reticencias, y meneando la cabeza oblícuamente:

—¡Si tuviera que advertirte de todo lo que tú no sabes observar!—exclamó.

¿Qué significaba esa insinuación? Eso es lo que yo no sabía, ni quería intentar saber, y pasándola por alto dije:

—En fin, quería saber que piensas tú de eso.

Suspiró, y luego:

—Ya sabes, amigo mío, que nunca he aprobado la presencia de esa niña entre nosotros.

Me costaba trabajo no irritarme viéndola volver así sobre lo pasado:

—No se trata de la presencia de Gertrudis aquí,—continué; pero Amelia seguía ya:

—Siempre he pensado que sólo podría traer alguna consecuencia desagradable.

Por un gran deseo de conciliación cogí al vuelo la frase:

—¿Entonces tú consideras desagradable ese matrimonio? ¡Pues bien, es lo que deseaba oírte decir; me alegro que seamos de la misma opinión!—Añadí que, además, Jaime se había sometido dócilmente a las razones que yo le dí, de modo que no había ya por qué inquietarse; quedaba ya convenido que se iría mañana para un viaje que duraría un mes.

—Como deseo tanto como tú, que no encuentre aquí a Gertrudis a su regreso,—dije por fin,—he pensado que lo mejor sería confiársela a la señorita de la N. donde yo podría seguir viéndola; porque no me oculto que he contraído con ella verdaderas obligaciones. Acabo de sondear a su nueva anfitriona, que sólo desea servirnos. Así te li-

brarás de una presencia que te resulta penosa. Luisa de la N. se ocupará de Gertrudis; está encantada con ese arreglo; se alegra ya pensando darle lecciones de armonía.

Advirtiendo que Amelia estaba decidida a guardar silencio, continué:

—Como debe evitarse que Jaime vaya hasta allí en busca de Gertrudis, creo que será conveniente explicarle a la señorita de la N. la situación, ¿no te parece?

Con esta pregunta procuré sacarle a Amelia algunas palabras; pero seguía con los labios apretados, como si se hubiera jurado no hablar. Y yo seguí, no porque tuviera nada que añadir, sino porque no podía soportar su silencio:

—Además es posible que Jaime vuelva de ese viaje curado de su amor. ¿Es que a su edad se conocen acaso los propios deseos?

—¡Oh! incluso en edad más madura, suele suceder que a veces se desconocen,— dijo al fin de un modo extraño.

Su acento enigmático y sentencioso me irritaba, porque soy de un temperamento demasiado frío para aceptar fácilmente el misterio. Volviéndome hacia ella, le rogué que me explicara lo que quería decir.

—Nada amigo mío—replicó tristemente—sólo pensaba que hace un momento deseabas que te advirtiera lo que tú no habías observado.

—¿Y entonces?

—Y entonces yo me decía que no resulta fácil de advertir.

He dicho que me horroriza el misterio, y que por principio me cierro a las indirectas:

—Cuando quieras que comprenda, procu-

rarás expresarte más claramente,—contesté con cierta brusquedad, de la que me arrepentí en seguida, pues ví que sus labios temblaban. Volvió la cabeza y levantándose dió algunos pasos vacilantes por la habitación.

—Pero, en fin, Amelia—exclamé—¿por qué sigues afligiéndome, ahora que todo está arreglado?

Sentí que mis ojos la molestaban, y vuelto de espaldas, contra la mesa, y la cabeza apoyada en mi mano, le dije:

—Acabo de hablarte con dureza. Perdóname.

Entonces oí que se me acercaba luego sentí que sus dedos se posaban con dulzura sobre mi frente, mientras decía con una voz afectuosa y llena de lágrimas:

—¡Pobre amigo mío!

En seguida salió del cuarto.

Las frases de Amelia que me parecieron entonces tan misteriosas, se aclararon después; las he repetido tal como las oí primero; y ese día sólo comprendí que ya era hora que se marchase Gertrudis.

12 marzo

Me había impuesto el deber de consagrar diariamente cierto tiempo a Gertrudis; se trataba según las ocupaciones de cada día, de algunas horas o algunos instantes. Al día siguiente en que tuve esa conversación con Amelia, me quedé bastante libre, y como el buen tiempo incitaba a ello, llevé a Gertrudis a través del bosque, hasta ese repliegue del Jura, donde por entre las cortinas del ramaje y más allá de la vasta región que desde allí se domina, descubre la mirada,

cuando el cielo está puro, la maravilla blanca de los Alpes. El sol declinaba ya a nuestra izquierda, cuando llegamos al sitio donde teníamos costumbre de sentarnos. Un prado de hierba corta y espesa se extendía a nuestros pies; más lejos, pastaban algunas vacas; cada una de ellas, en esos rebaños de monte, lleva al cuello una esquila.

—Dibujan el paisaje,—decía Gertrudis, escuchando su tintineo.

Me pidió como en cada paseo, que le describiera el lugar donde nos habíamos detenido.

—Pero, si ya lo conoces—le dije;—es el límite desde donde se ven los Alpes.

—¿Se les ve bien hoy?

—Se les divisa en todo su esplendor.

—Usted me ha dicho que cada día eran un poco diferentes.

—¿Con qué te los compararía hoy? Con la sed de un día de pleno verano. Antes de la noche se habrán disuelto en el aire.

—Quisiera que usted me dijese, si hay lirios en ese gran prado que se extiende ante nosotros.

—No, Gertrudis; los lirios no crecen en estas alturas; o sólo algunas especies raras.

—¿Ni los que se llaman lirios del campo?

—No hay lirios del campo.

—Ni siquiera en el campo de los alrededores de Neuchatel.

—No hay lirios del campo.

—¿Entonces por qué nos dice el Señor: "mirad los lirios del campo?"

—Los había sin duda en su tiempo, puesto que lo dice; pero los cultivos del hombre los han hecho desaparecer.

—Recuerdo que usted me ha dicho a menudo que la tierra necesita más que nada confianza y amor. ¿No piensa usted que con un poco más de confianza el hombre volvería a verlos? Yo, cuando escucho esas palabras, le aseguro que los veo. Voy a describírselos, ¿quiere usted? Parecen grandes campanas de fuego, grandes campanas azules impregnadas con el aroma del amor, y que el viento de la tarde mece. ¿Por qué me dice usted que no los hay? Ahí, delante de nosotros ¡yo los siento! Veo todo el prado cubierto de ellos.

—No son más hermosos de lo que tú los ves, Gertrudis.

—Diga usted que no son menos hermosos.

—Son tan bellos como tú los ves.

—"Y yo os digo en verdad que el mis-

mo Salomón en toda su gloria, no iba vestido como uno de ellos",—dijo citando las palabras de Cristo, y al oír su voz tan melodiosa, me pareció que escuchaba esas palabras por primera vez. "En toda su gloria"—, repitió pensativamente, quedándose luego un rato silenciosa, y yo proseguí:

—Ya te lo he dicho Gertrudis: los que tienen ojos son los que no saben mirar.—Y desde el fondo de mi corazón oí elevarse esta plegaria: "Te doy gracias, oh Dios, por revelar a los humildes lo que ocultas a los inteligentes".

—¡Si usted supiera,—exclamó entonces con una exaltación jubilosa,—si usted pudiera saber qué fácilmente me imagino todo eso! ¡Mire! ¿Quiere que le describa el paisaje? Hay detrás, encima y alrededor nuestro, grandes pinos que saben a resina,

con troncos puerpueros, y grandes y sombrías ramas horizontales que se quejan cuando el viento quiere curvarlas. A nuestros pies, como un libro abierto inclinado sobre el pupitre de la montaña, la gran pradera verde y matizada que la sombra azulea, que el sol dora, y cuyas palabras inteligibles son flores, (gencianas, pulsatilas, ranúnculos y los hermosos lirios de Salomón) que las vacas vienen a deletrear con sus esquilas, y donde los ángeles vienen a leer, puesto que usted dice que los ojos de los hombres están cerrados. En la parte baja del libro, veo un gran río lácteo, humeante, brumoso, que cubre todo un abismo de misterio, un río inmenso, sin más orilla que, allá, lejos, ante nosotros, los bellos Alpes resplandecientes. Allí es donde debe ir Jaime. ¿Dígame es cierto que se va mañana?

—Debe irse mañana. ¿Te lo ha dicho?

—No me lo ha dicho; pero lo he comprendido. ¿Estará ausente mucho tiempo?

—Un mes. Gertrudis, quería preguntarte... ¿Por qué no me has contado que iba a reunirse contigo a la iglesia?

—Vino a buscarme dos veces. ¡Oh! no quiero ocultarle a usted nada; pero temía disgustarle.

—Me disgustarías no diciéndomelo.

Su mano buscó la mía.

—Le entristecía marcharse.

—Díme, Gertrudis... ¿te ha dicho que te ama?

—No me lo ha dicho; pero lo siento muy bien sin que me lo diga. No me ama tanto como usted.

—¿Y tú, Gertrudis, sufres porque se va?

—Pienso que es mejor que se vaya. No podría contestarle.

—Pero, dí; ¿sufres, tú, de verlo marchar?

—Usted sabe bien que es a usted a quien amo, pastor... ¡Oh! ¿por qué retira su mano? No le hablaría así, si no fuera usted casado. Pero no se casa nadie con una ciega. Entonces, ¿por qué no podríamos amarnos? Dígame, pastor, ¿es que le parece que eso está mal?

—El mal no está nunca en el amor.

—Sólo siento en mi corazón cosas buenas. No quisiera hacer sufrir a Jaime. No quisiera hacer sufrir a nadie... Sólo quisiera dar felicidad.

—Jaime pensaba pedir tu mano.

—¿Me permitirá usted que le hable antes de su marcha? Quisiera hacerle comprender que debe renunciar a amarme. Pastor, ¿usted comprende verdad, que no pue-

do casarme con nadie? ¿Me dejará que le hable, no es cierto?

—Esta misma noche.

—No, mañana; en el momento mismo de su marcha.

El sol se ponía en un esplendor exaltado. El aire era tibio. Nos habíamos levantado y, hablando, emprendimos la sombría senda del regreso.

# CUADERNO SEGUNDO

25 de abril

He tenido que abandonar algún tiempo este cuaderno.

La nieve se había derretido por fin, y en cuanto los caminos volvieron a ser transitables, tuve que cumplir con un sinnúmero de obligaciones que me ví forzado a aplazar durante el largo tiempo en que nuestro pueblo quedó bloqueado. Sólo ayer, tuve algunos instantes de ocio.

Ayer noche he releído todo lo que había escrito aquí...

Hoy que me atrevo a llamar por su nombre ese sentimiento de mi corazón, inconfesado tan largo tiempo, apenas me explico cómo pude hasta ahora engañarme; cómo ciertas palabras de Amelia que repetí, pudieron parecerme misteriosas; cómo tras las ingenuas declaraciones de Gertrudis, pude aún dudar si la amaba. Y era que, al propio tiempo, yo no admitía que fuera del matrimonio pudiera existir ningún amor permitido, sin que en el sentimiento que me impulsaba tan apasionadamente hacia Gertrudis, pudiera ser cosa prohibida.

La ingenuidad de sus declaraciones, su misma franqueza me tranquilizaban. Yo me decía: es una niña. Un amor verdadero no carece de confusión, ni de rubores. Y por mi parte me persuadía de que la amaba como se ama a una niña inválida. La

cuidaba como se cuida a un enfermo, y de un impulso había hecho una obligación moral, un deber. Sí, verdaderamente, esa tarde en que me habló como ya dije, me sentía el alma tan ligera y alegre que me engañaba aún, transcribiendo esas palabras. Y como creía que el amor sería censurable, y estimaba que todo lo censurable abruma el alma, no estando la mía abrumada, no creía en ese amor.

He transcrito esas conversaciones, no sólo tal como fueron, sino que además las he transcrito en un estado de ánimo idéntico: en verdad, sólo al releerlas esta noche, he comprendido...

Inmediatamente después de la marcha de Jaime, con el que dejé hablar a Gertru-

dis, y que sólo volvió para los últimos días de vacaciones, afectando huír de Gertrudis o de no hablarle más que delante de mí, nuestra vida había reanudado su curso tranquilo. Como habíamos convenido, Gertrudis fué a vivir con la señorita Luisa, donde yo la visitaba a diario. Pero, también, por miedo al amor, procuraba no hablar con ella de nada que pudiera conmovernos. Ya no le hablaba más que como pastor, y con más frecuencia en presencia de Luisa, ocupándome sobre todo de su instrucción religiosa y preparándola para la comunión que acaba de celebrar en Pascua.

El día de Pascua yo también he comulgado.

Hace quince días de eso. Con sorpresa mía, Jaime, que venía a pasar junto a nosotros una semana de vacaciones, no me ha

acompañado a la Santa Mesa. Y tengo la gran pena de decir que Amelia, por primera vez desde nuestra boda, se ha abstenido igualmente. Parecía que los dos se hubieran puesto de acuerdo y que hubieran decidido por su ausencia en esa cita solemne, llenar de sombra mi alegría. Me felicité nuevamente de que Gertrudis no pudiera ver, de modo que yo soporté solo el peso de esa sombra. Conozco demasiado bien a Amelia para no ver el reproche indirecto que había en su conducta. Nunca me censura abiertamente, pero le gusta hacerme sentir su reprobación con una especie de aislamiento.

Me dolió profundamente que un agravio de esa índole —quiero decir: como el que me repugna considerar— pudiera pesar en el alma de Amelia hasta el punto de ale-

jarla de sus intereses más elevados. Y de regreso en casa recé por ella con toda la sinceridad de mi corazón.

En cuanto a la abstención de Jaime, se debía a motivos bien distintos, que una conversación, que tuve con él poco tiempo después, vino a aclarar.

3 de mayo

La instrucción religiosa de Gertrudis me ha llevado a releer el Evangelio con nuevos ojos. Observo cada vez más, que muchas nociones de las que se compone nuestra fe cristiana no proceden de las palabras de Cristo, sino de los comentarios de San Pablo.

Ese fué propiamente el tema de la dis-

cusión que acabo de tener con Jaime. De temperamento un poco seco, su corazón no suministra a su pensamiento un alimento suficiente; se vuelve tradicionalista y dogmático. Me reprocha que elijo en la doctrina "lo que me gusta". Pero no, yo no escojo tal o cual palabra de Cristo. Entre el Cristo y San Pablo, elijo simplemente a Cristo. Por temor a tener que oponerlos, él se niega a disociarlos, se niega a sentir en uno o en otro una inspiración diferente, y protesta si le digo que aquí escucho a un hombre, mientras que allá escucho a Dios. Cuanto más razona más me persuade de esto: que no es sensible al acento únicamente divino de la menor palabra de Cristo.

Busco a través del Evangelio, busco en vano, un mandato, una amenaza, una prohibición. Todo eso no es más que de San

Pablo. Y es precisamente no encontrarlo en las palabras de Cristo lo que molesta a Jaime. Las almas semejantes a la suya, se creen perdidas, en cuanto no sienten junto a ellas, rodrigones, pasamanos y pretiles. Por otra parte, toleran mal en el prójimo, una libertad a la que ellas renuncian, y desean obtener a la fuerza lo que se está pronto a concederles por amor.

—Pero padre,—me dice—yo también deseo la felicidad de las almas.

—No, amigo mío; tú deseas su sumisión.

—En la sumisión está la dicha.

Le dejo la última palabra porque me disgusta discutir; pero sé muy bien que se compromete la felicidad buscándola en lo que sólo debe ser al contrario, efecto de ella, y que, sí es lógico pensar que el alma amante se goza en la sumisión voluntaria,

nada aleja más la dicha que una sumisión sin amor.

Al cabo, Jaime razona bien, y si no me doliera encontrar ya, en un espíritu tan joven, tanta rigidez doctrinal, admiraría sin duda la calidad de sus argumentos y la constancia de su lógica. Con frecuencia me parece que soy más joven que él; más joven hoy, que ayer, y me repetí esta frase: "Si no os volvéis semejantes a niños, no podréis entrar en el Reino".

¿Es acaso traicionar a Cristo, disminuir, profanar el Evangelio, ver sobre todo en él un **método para llegar a la vida bienaventurada?** El estado de alegría, que obstruyen nuestra duda y la dureza de nuestros corazones, es para el cristiano un estado obligatorio. Cada ser es más o menos capaz de alegría. Cada ser debe ten-

der a la alegría. La sonrisa de Gertrudis me enseña más acerca de esto, que lo que a ella le enseñan mis lecciones.

Y estas palabras de Cristo se han erguido luminosamente ante mí: "Si fueráis ciegos no tendríais pecado". El pecado, es lo que oscurece el alma, lo que se opone a la alegría. La perfecta felicidad de Gertrudis, que irradia de todo su ser, se debe a su ignorancia del pecado. Sólo hay en ella claridad, amor.

He puesto entre sus manos vigilantes, los salmos, el apocalipsis y las tres epístolas de Juan donde puede leer: "Dios es luz y en El no hay tinieblas"; como ya en su evangelio pudo escuchar, decir al Señor: "Yo soy la luz del mundo; el que está conmigo no andará en las tinieblas". Me niego a darle las epístolas de San Pablo, porque,

si ciega, no conoce el pecado, ¿de qué sirve inquietarla dejándola leer: "El pecado ha adquirido nuevas fuerzas por el mandamiento" (Romanos VII, 13) y toda la dialéctica que sigue, por muy admirable que sea?

8 de mayo

El doctor Martins ha venido ayer de la Chaux de Fond. Ha examinado detenidamente los ojos de Gertrudis con el oftalmoscopio. Me ha dicho que habló de ella al doctor Roux, el especialista de Lausanne, a quien debe comunicar sus observaciones; los dos creen que Gertrudis es operable. Pero hemos convenido no hablarle de nada mientras no haya una mayor certi-

dumbre. ¿De qué serviría despertar en Gertrudis una esperanza que corremos el riesgo de tener que extinguir pronto? Además, ¿no es dichosa así?

10 de mayo

Por Pascua, Jaime y Gertrudis han vuelto a verse, en mi presencia; por lo menos Jaime ha visto de nuevo a Gertrudis y le ha hablado, pero sólo de cosas insignificantes. Se ha mostrado menos conmovido de lo que yo hubiera podido temer y me persuado nuevamente, que al ser muy ardoroso, ese amor no hubiera resultado tan fácil extinguir, aunque Gertrudis le declarara, antes de su marcha, el año pasado que su amor era sin esperanza. He comprobado que ha-

bla de usted a Gertrudis ahora, lo cual es sin duda preferible; sin embargo yo no se lo había pedido, de modo que me alegro que lo haya comprendido él mismo. Indiscutiblemente hay mucho bueno en él.

Sospecho de todos modos que esta sumisión de Jaime no ha estado exenta de luchas y debates. Lo fastidioso es que ahora, esa violencia que ha debido imponerle a su corazón, le parece buena en sí misma; desearía verla imponer a todos; lo he sentido en esta discusión que acabo de tener con él, y que he transcrito más arriba. ¿No es La Rochefoucault quien decía que el espíritu es con frecuencia juguete del corazón? No necesito decir que no me atreví a hacérselo observar a Jaime en seguida, conociendo su carácter y teniéndolo por uno de esos a quienes la discusión hace obstinar-

se en su idea; pero esa misma noche, habiendo encontrado, y precisamente en San Pablo, (sólo podía batirlo con sus propias armas) modo de responderle, tuve buen cuidado de dejar en su habitación una esquela donde pudo leer: "que el que no come no juzgue al que come, porque Dios ha acogido a éste último". (Romanos XIV, 2).

Podría también haber copiado la continuación: "Yo sé y estoy persuadido por Jesús que no hay nada impuro en sí y que una cosa no es impura más que para el que la cree impura", —pero no me he atrevido temiendo que Jaime supusiera la existencia en mi espíritu y respecto a Gertrudis, de alguna interpretación injuriosa que ni siquiera debe rozar su espíritu. Evidentemente se trata aquí de alimentos; ¡pero a cuántos pasajes de la Escritura no está uno

llamado a prestar un sentido doble y triple! ("Si tu ojo"... "Multiplicación de los panes; milagro en las bodas de Caná, etc.) No se trata aquí de discutir: la significación de ese versículo es amplia y profunda: la restricción no debe ser dictada por la ley, sino por el amor, y San Pablo, exclama en seguida: "Pero, si por un alimento tu hermano se entristece, no andas conforme al amor". El Maligno nos ataca cuando falta el amor. Señor ¡quitad de mi corazón todo lo que no pertenece al amor!... Porque hice mal en provocar a Jaime: al día siguiente encontré sobre mi mesa la misma esquela donde yo había copiado el versículo: en el reverso de la hoja, Jaime había transcrito simplemente ese otro versículo del mismo capítulo: "No causes por

tu alimento la pérdida de aquel por quien ha muerto Cristo" (Romanos XIV, 15.)

Releí de nuevo todo el capítulo. Es el punto de partida para una discusión interminable. Y ¿atormentaría con esas perplejidades, ensombrecería con esas nubes, el cielo luminoso de Gertrudis? ¿No estoy más cerca de Cristo y no la mantengo a ella misma allí, cuando le enseño y le dejo creer que el único pecado es el que atenta contra la dicha del prójimo, o compromete nuestra propia felicidad?

Pero, ¡ay! ciertas almas son extrañamente refractarias a la dicha; ineptas, torpes... Pienso en mi pobre Amelia. La invito siempre a la felicidad, la empujo y quisiera forzarla a ella. Sí, quisiera levantar a todos hacia Dios. Pero ella me elude siempre, como ciertas flores que ningún

sol abre. Todo lo que ve, la inquieta y le aflige.

—Qué quieres, amigo mío,—me ha contestado el otro día,—no se me ha otorgado el ser ciega.

¡Ah! cuán dolorosa me es su sinfonía, y qué virtud necesito para no dejarme turbar por ella. Sin embargo, debería comprender, creo yo, que esa alusión a la desgracia de Gertrudis me puede herir de un modo especial. Además me hace sentir, que lo que admiro sobre todo en Gertrudis, es su mansedumbre infinita: no la he oído jamás expresar el menor agravio contra el prójimo. También es cierto que no le dejo saber nada de lo que podría herirla.

Y lo mismo que el alma dichosa, por la irradiación del amor, difunde la dicha en torno de ella, alrededor de Amelia todo se

vuelve fúnebre y sombrío. Amelia escribiría que su alma emite rayos negros. Cuando tras un día de lucha, visitas a los pobres, a los enfermos, a los afligidos, vuelvo al caer de la tarde, a veces extenuado, con el corazón lleno de un exigente afán de reposo, de afecto, de calor, encuentro casi siempre en mi hogar preocupaciones, recriminaciones, forcejeos, a los cuales preferiría mil veces el frío, el viento y la lluvia del exterior. Sé muy bien que nuestra vieja Rosalía sólo quiere hacer lo que se le antoja; pero no siempre está equivocada, ni sobre todo, tiene siempre Amelia razón cuando pretende hacerla ceder. Sé que Carlota y Gaspar son terriblemente turbulentos. Pero ¿no obtendría Amelia más de ellos, gritando con menos fuerza y menos constantemente? Tantas recomendaciones, amones-

taciones, reprimendas, pierden todo su valor, lo mismo que pierden su filo los guijarros de las playas; y todo eso les molesta a los niños mucho menos que a mí. Sé muy bien que el pequeño Claudio está en la dentición (por lo menos es lo que afirma su madre cada vez que empieza a berrear). Pero ¿no es acaso invitarle a chillar el acudir en seguida, ella o Sara, y mimarlo continuamente? Estoy convencido que berrearía menos si se le dejara gritar unas cuantas veces a pleno pulmón cuando no estoy allí. Pero sé muy bien que es entonces cuando más se afanan.

Sara se parece a su madre, y por eso he querido meterla interna en un colegio. No se parece, ¡por desgracia! a lo que era su madre a su edad, cuando nos prometimos, sino a lo que la han hecho las preocu-

paciones de la vida material, e iba a decir, el cultivo de las preocupaciones de la vida (porque ciertamente Amelia las cultiva). Me cuesta mucho trabajo reconocer hoy en ella, al ángel que entonces sonreía a cada noble impulso de mi corazón, al que yo soñaba asociar indistintamente a mi vida, y que parecía precederme y guiarme hacia la luz, —¿hasta dónde me engañaba entonces el amor?— Porque no descubro en Sara más que preocupaciones vulgares; igual que su madre sólo se consagra a mezquinas tareas; incluso las facciones de su rostro, que ninguna llama interior espiritualiza, parecen oscuras y como endurecidas. Ninguna afición a la poesía, ni más generalmente a la lectura; jamás sorprendo, entre su madre y ella, una conversación en la que desee tomar parte, y siento más dolorosamente

mi aislamiento junto a ellas, que cuando me retiro a mi despacho, como hago cada vez con mayor frecuencia.

También he tomado la costumbre, desde el otoño, y estimulado por la rápida caída de la tarde, de ir cada vez que me lo permiten mis visitantes, es decir cuando puedo regresar bastante pronto, a tomar el té en casa de la señorita de la N. No he dicho aún que, desde el mes de noviembre, Luisa de la N. hospeda con Gertrudis a tres cieguecitas que Martins ha propuesto confiarle; y a las cuales Gertrudis enseña a su vez a leer y a ejecutar diversas labores manuales, en las que las chiquillas se muestran ya bastante habilidosas.

Qué descanso, qué consuelo para mí, cada vez que penetro en la cálida atmósfera de **La Granja**, y cómo lo echo de menos si

a veces tengo que dejar de ir allí dos o tres días. No hace falta decir que la señorita de la N. puede hospedar a Gertrudis y a sus tres pequeñas discípulas sin tener que privarse o preocuparse por mantenerlas; tres criadas la ayudan con gran abnegación y le evitan el menor cansancio. Pero ¿puede decirse que jamás estuvieron mejor colocados esos ocios y esa fortuna? Luisa de la N. se ha ocupado siempre mucho de los pobres; es un alma profundamente religiosa que sólo parece prestarse a la tierra y no vivir en ella más que para amar; a pesar de su cabello casi todo plateado, al que enmarca una cofia de encaje, no hay nada más infantil que su sonrisa; nada más armonioso que su gesto, ni más musical que su voz. Gertrudis ha adquirido sus modales, su manera de hablar, una especie de

entonación no sólo de la voz, sino del pensamiento, de todo el ser —parecido acerca del cuál gasto bromas a la una y a la otra— pero del que ninguna de las dos quiere apercibirse. Qué dulce es para mí, si tengo tiempo de entretenerme un poco junto a ellas, el verlas, sentadas una al lado de la otra y a Gertrudis apoyando su frente en el hombro de su amiga, o bien abandonando una de sus manos en las suyas, y escuchándome mientras leo algunos versos de Lamartine o de Hugo; ¡qué dulce es para mí contemplar en sus dos almas límpidas el reflejo de esa poesía! Ni las pequeñas alumnas se muestran insensibles a ella. Esas niñas, en esa atmósfera de paz y de amor, se desarrollan extrañamente y hacen notables progresos. Primero sonreí cuando la señorita Luisa habló de enseñarles a bailar.

tanto por higiene como por placer; pero hoy admiro la gracia rítmica de los movimientos que logran hacer y que no son capaces de apreciar. Sin embargo, Luisa de la N. me persuade que sienten muscularmente la armonía de esos movimientos que no pueden ver. Gertrudis se une a esas danzas con una gracia y una buena voluntad encantadoras, y por otra parte se divierte con ello vivamente. O a veces, Luisa de la N. se une al juego de las pequeñas, y entonces Gertrudis se sienta al piano. Sus progresos musicales han sido sorprendentes; ahora toca el órgano de la capilla los domingos y preludia los cánticos con breves improvisaciones.

Todos los domingos viene a almorzar con nosotros; mis hijos vuelven a verla con agrado, aunque sus gustos y los de ella di-

fieren cada vez más. Amelia no se muestra demasiado nerviosa y la comida termina sin demasiados incidentes. Luego toda la familia acompaña a Gertrudis y meriendan en **La Granja**. Es una fiesta para mis hijos, que Luisa se complace en mimar y colmar de golosinas. La misma Amelia, que no deja de ser sensible a las atenciones, se desenoja por fin, y parece toda rejuvenecida. Creo que en adelante no se privaría fácilmente de este alto en la fastidiosa rutina de su vida.

18 de mayo

Ahora que vuelve el buen tiempo, he podido salir nuevamente con Getrudis, cosa que no hacía desde hace mucho (porque

últimamente hubo nuevas nevadas y hasta hace pocos días los caminos estaban imposibles) así como también hacía mucho que no me encontraba solo con ella.

Andábamos deprisa; el aire vivo arrebolaba sus mejillas echando sin cesar sobre su rostro sus rubios cabellos. Al bordear una hornaguera, cogí algunos juncos en flor, deslizando sus tallos bajo su boina, trenzándolos luego con su pelo para sujetarlos.

Apenas habíamos hablado, sorprendidos de encontrarnos otra vez juntos y solos, cuando Gertrudis, volviendo hacia mí su rostro sin mirada, me preguntó bruscamente:

—¿Cree usted que Jaime me quiere aún?

—Se resignó a renunciar a tí—repuse en seguida.

—Pero ¿usted cree que él sabe que usted me ama?—continuó.

Desde aquella conversación del verano último que ya repetí, habían pasado más de seis meses sin que (me asombro de ello) se hubiera vuelto a pronunciar entre nosotros la menor palabra de amor. Nunca estábamos solos, ya lo he dicho, y era preferible que así fuera... La pregunta de Gertrudis hizo latir mi corazón con tal fuerza que tuve que moderar nuestra marcha.

—Pero todo el mundo sabe que te quiero, Gertrudis—exclamé. Pero no se dejó engañar:

—No, no; eso no es contestar a mi pregunta.

Y tras un instante de silencio, añadió, con la cabeza baja:

—Mi tía Amelia lo sabe; y yo sé que es eso lo que la entristece.

—Sería triste sin eso,—protesté con voz temblorosa.—Es triste por temperamento.

—¡Oh! usted procura siempre tranquilizarme,—dijo ella con cierta impaciencia.—Pero no me interesa que se me tranquilice. Hay muchas cosas, lo sé, que usted no me dice, por temor a inquietarme o a disgustarme; muchas cosas que yo no sé, de modo que a veces...

Su voz se hacía cada vez más baja; se detuvo como sin aliento. Y al preguntarle yo, recogiendo esas últimas palabras:

—¿Qué, a veces?

—De modo que a veces — continuó con tristeza, — me parece que toda la dicha que le debo se funda en la ignorancia.

—Pero Gertrudis...

—No, déjeme que se lo diga: yo no quiero esa clase de felicidad. Comprenda que no... no tengo empeño en ser feliz. Hay muchas cosas, cosas tristes seguramente, que yo no puedo ver, pero que usted no tiene el derecho de dejarme ignorar. He reflexionado largamente durante estos meses de invierno; temo, lo ve usted, que el mundo entero no sea tan hermoso como usted me lo ha hecho creer, pastor, e incluso que le falte mucho para eso...

—Es cierto que el hombre ha afeado con frecuencia la tierra, — argumenté tímidamente, porque el impulso de sus palabras me asustaba, y procuré desviarlo, aunque desesperase de conseguirlo. Parecía que aguardara esas pocas palabras, porque apoderándose de ellas en seguida como de un

eslabón gracias al cual se cerrara la cadena:

—Precisamente, — exclamó— : quisiera estar segura de no aumentar el mal.

Seguimos andando largo tiempo, muy de prisa, silenciosos. Todo lo que yo hubiera podido decirle tropezaba por anticipado con lo que sentí que ella pensaba; temía provocar alguna frase de la que dependiera el destino de ambos. Y pensando en lo que me había dicho Martins, que quizás le pudiera devolver la vista, una terrible angustia oprimía mi corazón.

—Quería preguntarle —prosiguió al fin—, pero no sé cómo decirlo...

Seguramente recurría a todo su valor, como yo recurría al mío para escucharla. Pero ¿cómo hubiese podido prever la pregunta que la atormentaba?

—¿Los hijos de una ciega nacen forzosamente ciegos?

No sé a quien de los dos angustiaba más este diálogo; pero ahora, teníamos que seguirlo.

—No, Gertrudis, —le dije—; excepto en casos muy especiales. No hay ninguna razón para que lo sean.

Pareció quedar muy tranquilizada. Hubiera querido preguntarle a mi vez por qué deseó saber eso; pero me faltó valor y seguí torpemente:

—Pero Gertrudis, para tener hijos hay que estar casado.

—No me diga eso, pastor. Usted sabe que no es verdad.

—Te he dicho lo que era decente decir, —protesté—. Pero en efecto, las leyes de la

naturaleza permiten lo que prohiben las leyes de los hombres y de Dios.

—Usted me ha dicho a menudo que las leyes de Dios eran las leyes mismas del amor.

—El amor que habla aquí ya no es el que también se llama: caridad.

—¿Me ama usted por caridad?

—Sabes muy bien que no, Gertrudis.

—Pero, entonces, ¿usted reconoce que nuestro amor rebasa las leyes de Dios?

—¿Qué quieres decir?

—¡Oh! lo sabe usted muy bien, y no debía ser yo quien hablara.

En vano traté de evadirme; mi corazón batía la retirada de mis argumentos en fuga. Desatinadamente exclamé:

—¡Gertrudis!... ¿piensas que tu amor es culpable?

Rectificó:

—Que **nuestro** amor... Me repito que debería pensarlo.

—¿Y entonces?... —Sorprendí una especie de súplica en mi voz, mientras que sin recobrar aliento, ella terminaba:

—Pero que no puedo dejar de amarle.

Todo esto ocurrió ayer. Al principio dudé de si debía escribirlo... Ya no sé cómo terminó el paseo. Andábamos precipitadamente, como huyendo, y yo apretaba su brazo entrechamente contra mí. Mi alma había abandonado mi cuerpo hasta el punto que me parecía que el menor guijarro nos hubiera hecho caer al suelo.

19 de mayo

Martins ha vuelto esta mañana. Gertrutrudis es operable, Roux lo afirma y pide

que se la confiemos por algún tiempo. No puedo oponerme, y sin embargo, cobardemente, he pedido que se me deje reflexionar. He pedido que se me permita prepararla poco a poco... Mi corazón debería saltar de alegría, pero lo siento pesar dentro de mí, abrumado de una angustia indecible. Ante la idea de anunciar a Gertrudis que se le puede devolver la vista, me falta valor.

Noche del 19 de mayo

He vuelto a ver a Gertrudis y no le he hablado. Esta noche, en **La Granja**, como no había nadie en el salón, subí hasta su cuarto. Estábamos solos, la estreché lar-

gamente contra mí. No hacía un solo gesto para defenderse, y como alzara su frente hacia mí, nuestros labios se encontraron.

21 de mayo

¿Señor, hiciste para nosotros la noche tan profunda y tan bella? ¿Es para mí? El aire está tibio, por mi ventana abierta entra la luna y escucho el inmenso silencio de los cielos. ¡Oh adoración confusa de la creación entera, donde mi corazón se funde en un éxtasis sin palabras! Ya sólo puedo rezar exaltadamente. Si hay un límite en el amor, no es vuestro, Señor, sino de los hombres. Por culpable que parezca mi amor a los ojos de los hombres, ¡oh decidme que ante los vuestros es santo!

Procuro elevarme por encima de la idea

del pecado; pero el pecado me parece intolerable y no quiero abandonar a Cristo. No, no acepto pecar amando a Gertrudis. No puedo arrancar este amor de mi corazón sin arrancarme el corazón mismo, ¿y por qué? Aunque no la quisiera ya, debería amarla por piedad hacia ella; no amarla ya, sería traicionarla; necesita mi amor...

Señor, yo no sé nada... Sólo os conozco a Vos. Guiadme. A veces creo que me hundo en las tinieblas y que pierdo la vista que a ella le van a devolver.

Gertrudis ha ingresado ayer en la clínica de Lausanne, de la que saldrá en veinte días. Espero su regreso con gran temor. Martins debe traerla. Ella me hizo prome-

ter que no haré nada por verla, de aquí entonces.

22 de mayo

Carta de Martins: la operación ha sido un éxito. ¡Dios sea loado!

24 de mayo

La idea de ser visto por ella, que hasta ahora me amaba sin verme, esa idea me causa un malestar intolerable. ¿Me reconocerá? Por primera vez en mi vida, interrogo ansiosamente los espejos. Si siento que su mirada es menos indulgente que su corazón, menos amante, ¿qué será de mí? Señor, a veces creo que necesito su amor para amaros.

27 de mayo

Un exceso de trabajo me ha permitido pasar estos días sin demasiada impaciencia. Bendigo cada ocupación que puede arrancarme de mí mismo; pero todo el día, a través de todo, me sigue su imagen.

Debe volver mañana. Amelia, que durante esta semana sólo me ha mostrado los mejores aspectos de su humor, y parece haberse propuesto hacerme olvidar a la ausente, se prepara con los niños a festejar su vuelta.

28 de mayo

Gaspar y Carlota han ido a coger todas las flores que puedan encontrar en los bosques y los prados. La vieja Rosa confecciona un pastel monumental que Sara comple-

ta con no sé que adornos de papel dorado. La esperamos al mediodía.

Escribo por engañar la espera. Son las once. A cada momento levanto la cabeza y miro el camino por donde aparecerá el coche de Martins. Me privo de ir a su encuentro: vale más, y por consideración a Amelia, que no la reciba aparte. Mi corazón se adelanta... ¡Ah! ¡aquí están!

28 de mayo

¡En que noche tan atroz me hundo!

¡Piedad, Señor, piedad! ¡Renuncio a amarla, pero, Vos, no permitáis que ella muera!

¡Qué razón tenían mis temores! ¿Qué ha hecho? ¿Qué ha querido hacer? Amelia y Sara me han dicho que la acompañaron hasta la puerta de **La Granja**, donde la es-

peraba la señorita de la N. Por lo tanto quise salir de nuevo. ¿Qué ha ocurrido?

Procuro poner algo de orden en mis pensamientos. Los relatos que me hacen son incomprensibles, o contradictorios. Todo se confunde en mi cabeza. El jardinero de la señorita de la N. acaba de traerla, sin conocimiento, a **La Granja**; dice que la vió caminar a lo largo del río, franquear el puente, luego inclinarse, y desaparecer; pero no comprendiendo al principio que se caía, no acudió como debió hacerlo; la encontró junto a la pequeña esclusa, hasta donde la había llevado la corriente. Cuando la he visto un poco más tarde, no había recobrado el conocimiento o al menos volvió a perderlo, pues había vuelto en sí un instante, gracias a los cuidados que se le prodigaron. Martins, que gracias a Dios, no se había

marchado todavía, no se explica bien esa especie de estupor y de indolencia en que se halla sumida; la interrogó en vano; parecía que no oyese nada, o que hubiera resuelto callarse. Su respiración sigue muy trabajosa y Martins teme una congestión pulmonar; le ha puesto sinapismos y ventosas y ha prometido volver mañana. Ha sido un error dejarla demasiado tiempo con sus vestidos húmedos mientras se ocupaban primero de reanimarla; el agua del río está helada. La señorita de la N., que es la única que pudo arrancarle unas palabras, sostiene que ha querido coger unos miosotis, de los que crecen en abundancia por ese lado del río, y que, torpe aún para medir las distancias, o confundiendo con la tierra firme, el flotante tapiz de flores, perdió pie bruscamente. ¡Si yo pudiera creer-

lo! ¡Convencerme de que sólo hubo un accidente, ¡qué horrible peso se borraría de mi alma! Durante toda la comida, que sin embargo fué tan alegre, me inquietó una extraña sonrisa que no se borró de su rostro; una sonrisa forzada que yo no conocía, empeñándose en creer que era la de su nueva mirada; una sonrisa que parecía brotar de sus ojos corriendo sobre su faz como lágrimas, y junto a la cual me ofendía la alegría vulgar de los otros. No se mezclaba a ese júbilo; parecía que hubiera descubierto un secreto, que indudablemente me habría confiado, de haber estado solos. Apena habló, pero nadie se asombraba de esto, pues cuanto más exuberante se muestran los demás, ella acentúa su silencio.

Señor, os imploro; permitidme que le hable, necesito saber, pues si no ¿cómo se-

guiría viviendo?... ¿Y sin embargo, si es cierto que quiso dejar de vivir, es precisamente por haber **Sabido?** ¿Sabido qué? Amiga mía, ¿qué cosa tan horrible has sabido?

¿Qué fué ese algo mortal, que pude ocultarte, y que de pronto supiste?

He pasado más de dos horas en su cabecera, sin apartar los ojos de su frente, de sus pálidas mejillas, de sus párpados delicados que se cerraron de nuevo sobre una pena indecible, de sus cabellos húmedos aún y lo mismo que algas, esparcidos en torno de ella sobre la almohada,—escuchando su respiración fatigosa y desigual.

29 de mayo

La señorita Luisa me ha hecho llamar esta mañana, en el preciso momento en que

me dirigía a **La Granja**. Tras una noche casi tranquila, Gertrudis salió al fin de su letargo. Me ha sonreído cuando entré en la habitación indicándome que me sentara a su cabecera. No me atrevía a interrogarla y ella temía sin duda mis preguntas pues me dijo en seguida y como para evitar toda efusión:

—¿Cómo llama usted esas florecillas azules, que quise coger en el río, y que son del color del cielo. Puesto que es más hábil que yo, ¿quiere usted hacerme un ramo de ellas? Lo tendré aquí, junto a mi cama.

La jovialidad ficticia de su voz me hacía daño; y sin duda debió comprenderlo, pues añadió más gravemente:

—No puedo hablarle esta mañana; estoy demasiado cansada; vaya a cortarme las flores, ¿quiere? Volverá usted luego.

Y como regresé una hora más tarde trayéndole el ramo de miosotis, la señorita de la N. me dijo que Gertrudis descansaba nuevamente y que no podría recibirme hasta la noche.

Esta noche la he vuelto a ver. Unos almohadones amontonados sobre el lecho la sostenían, manteniéndola casi sentada. Sus cabellos ya trenzados sobre su frente, se entretejían con los miosotis que yo le traje.

Sin duda tenía fiebre y parecía muy oprimida. Conservó en su mano ardiente la que yo le tendí; me quedé en pie junto a ella:

—Debo hacerle una confesión, pastor; porque esta noche tengo miedo de morir,—dijo.—Le he mentido esta mañana. No fué por coger esas flores... ¿Me perdonará si le digo que he querido matarme?

Caí de rodillas junto a su cama, guardan-

do en la mía su frágil mano; pero ella, soltándose, empezó a acariciar mi frente, mientras yo hundía el rostro entre las sábanas para ocultarle mis lágrimas y ahogar mis sollozos.

—¿Cree usted que eso está muy mal?—continuó entonces tiernamente; y como yo no le contestara:

—Amigo mío, ya ve usted que ocupo demasiado sitio en su corazón y en su vida. Cuando he regresado junto a usted, eso es lo que ví inmediatamente; al menos que el lugar que yo ocupaba era el de otra a quién esto entristecía. Mi crimen consiste en no haberlo comprendido antes; o por lo menos (porque yo lo sabía ya) en haber dejado que me amara a pesar de todo. Pero cuando se me apareció de pronto su rostro, cuando he visto en ese pobre rostro tanta tristeza,

ya no pude soportar la idea de que esa tristeza fuera obra mía. No, no, no se reproche nada; pero déjeme marchar y devuélvale su alegría.

La mano dejó de acariciar mi frente; la cogí cubriéndola de besos y de lágrimas. Pero se soltó con impaciencia y una nueva angustia empezó a agitarla:—No es eso lo que quería decir; no, no es eso lo que quiero decir,—repetía; y ví que el sudor empapaba su frente. Luego volvió a cerrar los ojos quedándose así algún tiempo, como para concentrar sus ideas, o volver a su ceguedad primitiva; y entonces con una voz lánguida y desconsolada al principio, pero que se alzó muy pronto mientras abría los ojos, animándose hasta la vehemencia, dijo:

—Cuando me habéis devuelto la vista, mis ojos se han abierto a un mundo mucho más

bello de lo que yo soñé; sí, verdaderamente, no me imaginaba el día tan claro, el aire tan brillante, ni el cielo tan vasto. Pero tampoco me imaginaba tan inquieta la frente de los hombres; y cuando he entrado en su casa, ¿sabe usted lo primero que se me apareció?... ¡Ah! sin embargo debo decírselo; lo que ví primero, es nuestra culpa, nuestro pecado. No, no proteste. Acuérdese de las palabras de Cristo: "Si fuerais ciegos, no tendríais pecado". Pero ahora veo. Levántese, pastor. Siéntese aquí, a mi lado. Escúcheme sin interrumpirme. Mientras estaba en la clínica, he leído, o más bien me he hecho leer, algunos pasajes de la Biblia que yo no conocía aún, que usted no me había leído nunca. Recuerdo un versículo de San Pablo, que repetí un día entero: "En cuanto a mí, estando antaño sin ley, vivía; pero

cuando vino el mandamiento, el pecado recobró vida, y ya no pude vivir".

Hablaba en un estado de gran exaltación, con voz muy alta, y casi gritó estas últimas palabras, de modo que me preocupó la idea de que pudieran oírla desde fuera; luego, volvió a cerrar los ojos y repitió como para sí misma, y en un murmullo, esas últimas palabras:

—"El pecado recobró vida, y ya no pude vivir."

Me estremecí, con el corazón helado por una especie de terror. Quise desviar su pensamiento:

—¿Quién te ha leído esos versículos?—pregunté.

—¡Jaime! — dijo abiendo otra vez los ojos y mirándome fijamente.—¿Usted sabía que se ha convertido?

Ya era demasiado; iba a suplicarla que se callase, pero continuó:

—Amigo mío, voy a apenarle mucho; pero no debe quedar entre nosotros ninguna mentira. Cuando he visto a Jaime, he comprendido de pronto que no era usted a quien amaba; era a él. Tenía exactamente su rostro; quiero decir que tenía el mismo rostro que yo imaginaba en usted. — ¡Ah! ¿por qué hizo que lo rechazara? Hubiera podido casarme con él...

—Pero, Gertrudis, puedes hacerlo todavía,—exclamé desesperado.

—Entra en las órdenes,—dijo ella impetuosamente. Luego, estremecida de sollozos: — ¡Ah! quisiera confesarme con él... —gemía en una especie de éxtasis.—Ya ve usted no me queda otro remedio que morir. Tengo sed. Llame a alguien, se lo ruego.

Me ahogo. Déjeme sola ¡Ah! esperaba que hablándole así me aliviaría. Déjeme. Separémonos. Ya no puedo soportar el verle.

La dejé. Llame a la señorita de la N. para que me reemplazara a su lado; su gran agitación me inducía a temerlo todo, pero necesitaba convencerme de que mi presencia agravaba su estado. Rogué que me advirtieran, si empeoraba.

30 de mayo

¡Ay de mí! Sólo la vería ya dormida. Ha muerto esta mañana, al amanecer, tras una noche de delirio y postración. Jaime, a quien por el último ruego de Gertrudis, telegrafió la señorita de la N., llegó horas después. Me ha reprochado cruelmente no haber llamado a un sacerdote cuando aún era tiempo. Pero ¿cómo lo hubiera hecho ignorando que du-

rante su estancia en Lausanne, influída evidentemente por él, Gertrudis había abjurado. Me anunció al mismo tiempo su propia conversión y la de Gertrudis. Así me abandonaban a la vez esos dos seres; era como si, separados por mí en vida, hubiesen proyectado huirme y unirse en Dios. Pero me persuado de que en la conversión de Jaime hay más razonamiento que amor.

—Padre,—me ha dicho—no está bien que yo le acuse; pero el ejemplo de su error me ha guiado.

Cuando Jaime se marchó, me arrodillé junto a Amelia, pidiéndole que rezara por mí, pues necesitaba ayuda. Ha recitado simplemente el "Padre Nuestro", pero dejando entre los versículos, largos silencios que nuestra súplica llenaba.

Hubiese querido llorar, pero sentía mi corazón más árido que el desierto.

# INDICE


| | Pág. |
|---|---|
| *Cuaderno Primero* | *7* |
| *Cuaderno Segundo* | *105* |